

© **Paco Ignacio Taibo II**

Febrero 2013

Ésta es una publicación de Para Leer en Libertad AC.

brigadaparalecterenlibertad@gmail.com

www.brigadaparalecterenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero

El mundo en los ojos de un ciego

Paco Ignacio Taibo II

El mundo en los ojos de un ciego

Paco Ignacio Taibo II

La historia que aquí se cuenta casi pertenece al territorio de la ficción.

Una mañana de abril del 97 tuve el triste honor de leer en el Consejo Nacional del PRD la lista de los miembros del partido asesinados en México durante los regímenes de Carlos Salinas y Ernesto Zedillo; durante 25 minutos fui leyendo una lista de nombres y apellidos que parecía interminable, 446 hombres y 2 mujeres, la enorme mayoría de ellos, dirigentes comunitarios de origen campesino, una buena parte del estado de Guerrero; para ellos esta historia.

1. La guerra contra Holanda

... Fui detenido por el personal de aduanas del aeropuerto de Schipol que pretendía que pagara impuestos sobre los cuatro paquetes de tabaco negro español que llevaba.

Apelando a la razón les informé que el tabaco era español y que eso, al igual que Holanda, se supone que eran territorios de la Comunidad Europea. Me explicaron que como lo había comprado en México en una tienda libre de impuestos, que nanay, que tenía que pagar.

Argumenté que yo iba de paso por Holanda, que es más, ni siquiera había entrado en Holanda sino que estaba en los pasillos de «tránsito» del aeropuerto rumbo a Italia, que los cigarrillos me los iba a fumar en Italia, a razón de tres paquetes diarios durante una gira de veintiséis días; que no me gustaba el tabaco italiano, que por eso cargaba tabaco negro español. Que para demostrar que eran de uso personal y no tenía ninguna intención de lucro con ellos, estaba dispuesto a abrir cada una de las cajetillas.

Nada.

Les pregunté que cuánto les tenía que pagar. Me dijeron que 60 dólares. Puesto que los cigarrillos me habían costado 52, me pareció exagerado. Contestaron que esas eran las tarifas. Exigí ver la tabla de tarifas, me la mostraron. Cada paquete de tabaco, 20 dólares, uno podía pasar sin impuesto, los otros tres...

Para esos momentos me sentía víctima de un atraco organizado por las fuerzas del estado, un atraco de rapiña estatalista internacional.

Les dije entonces que no tenía inconveniente en pagar impuesto pero que me negaba a hacerlo en Holanda, que les pagaría el impuesto a las autoridades italianas, que si era en Italia en donde me iba a fumar los cigarrillos... Nada. Oídos de sordo estatal.

Las dos rubias aduaneras que tenía enfrente eran como una pared de frontón. Por una oreja les entraban los argumentos, por la otra les salían impolutos.

Pregunté entonces que bajo qué ley internacional podían poner impuesto sobre algo que no iba entrar a su país,

que exigía un certificado que dijera que los 60 dólares serían entregados al fisco italiano.

Ante esta última ofensiva ni siquiera contestaron. Les dije que entonces dejaba los cigarrillos, los depositaba en un bote de basura antes del control aduanero. Me dijeron que no podía dejarlos. Que ellos podían requisarlos si no pagaba impuesto.

Ahora fui yo el que dije que nada de nada. Que si no los dejaba antes del puesto aduanero, a ellos no se los iba a entregar, que me encargaría de fumarlos todos, así me tomara un día y perdiera el avión, o los destruiría. Venganza apache.

Las amables aduaneras rubias llamaron a un policía. Yo pensé en llamar a alguien. Pero hace una docena de años que no tengo un abogado, y pensar en hablar a la embajada de México me parecía peor todavía que dejarme atracar por el estado holandés. La embajada mexicana podría querer parte en el botín y sacarme otros 20 dólares, siguiendo la tradición del gobierno priista mexicano de morder primero y preguntar después.

De tal manera que bajo protesta pagué los 60 dólares y me fui a tomar el avión de conexión hacia Italia, llevando entre las manos el recibo que anexo a esta nota.

Debido a todo esto, señor embajador, quiero decirle que, rumiando la sensación de odio que me invadía, llegué a las siguientes decisiones, mismas que le comunico para hacer de esto un acto público.

Ante el acto de piratería estatal sufrido en Holanda, y para no hacer de la impotencia del ciudadano contra el Estado una sumisión que se vuelva costumbre, le declaro la guerra al Estado holandés con las siguientes consecuencias:

- a) No volveré a tomar un avión de la línea KLM en el resto de los días de mi vida, ni pasaré por ningún aeropuerto holandés hasta que no me devuelvan mis 60 dólares.
- b) Estaré en contra de cualquier equipo de fútbol holandés donde quiera que juegue y contra quienquiera que juegue, Ajax incluido.
- c) Robaré jabones, focos y toallas de todos los baños de instituciones holandesas, museos, embajadas, legaciones comerciales, etc., con los que me cruce a lo largo de los restantes días de mi vida.
- d) Y por último, en las siguientes novelas que escriba, los burócratas más hijos de puta con los que hayan de cruzarse mis personajes serán de nacionalidad holandesa.
- e) Desde luego excluyo de este estado de guerra al honorable pueblo holandés, de cuya amabilidad, solidaridad y sentido del humor he tenido abundantes pruebas en otras ocasiones; y que sospecho debe sufrir a la burocracia estatal de su país de la misma manera que uno.

Queda de usted: JOSÉ DANIEL FIERRO

Ciudad de México

2. Salir del DF

Sólo tendrás tiempo para meter la carta en un sobre, buscar la dirección de la embajada de Holanda en la guía telefónica y rotularlo, dejar un saludo en el contestador telefónico de tu hija, escueto, paternal, informativo (ya llegué, vuelvo a salir, estaré de regreso en una semana), beber un vaso de agua con sabor a cloro, y salir corriendo en respuesta a la feria de claxonazos con la que te llamaba Güicho Hernández.

A la ciudad le pasaba esa mañana lo mismo que a ti: le pesaban los años. Estaban, ella y tú, un poco viejos, un poco

sucios, un poco reumáticos. Cielos grises, sin nubes. Verdes apagados en los árboles. Nadie debería hacerse viejo en el DF; la Ciudad de México estaba sobrada de pesadillas.

Güicho Hernández, por eso de que es antropólogo, te dirigió una mirada de observación cuasicientífica y comentó:

—Te ves de la chingada, mano. Pareces más que escritor importante, empresario de pompas fúnebres. No sé si estés en forma para ir hasta la montaña de Guerrero.

—Nunca he sido importante, güey, por eso viaje en segunda en los aviones. Y además juré que lo haría, o sea que vale madres. Tú te ofreciste de chofer, yo de copiloto y voy durmiendo. Nomás no pongas música pinche, algo de Santana, Beethoven, una cinta de Los Panchos.

Güicho arrancó el Jeep y lo metió en la corriente del tráfico de avenida Insurgentes rumbo al sur. Como te quería mucho, puso en el tocacintas lo último de Diré Straits.

Iban rumbo a La Sabana para poder ver el mundo a través de los ojos de un ciego.

3. El Ciego

El Ciego dirigió hacia tu voz la mirada de los que ya no veían y continuó:

—Cuando se agarra la curva de la Crucita, hay un pinche mango que se deja venir sobre el camino, las ramas se meten bajito, y hay que bajarle al carro, casi pararlo, para agarrar la curva.

—¿Y usted no iba armado? Ya iban varias, ¿no? Usted como que lo presentía.

—Cuando lo van a matar a uno, no puedes andar todo el pinche día con eso en la cabeza, mano, si no, ya te mataron.

Te haces pendejo tú solo... A güevo que traía una fusca, abajo del asiento del copiloto, pero la había puesto ahí para que no se zarandeara y se le fuera un pinche tiro. Y eso no lo piensa uno, hasta que oye los disparos. Ahí sí, ahí te dices: «Pero qué pendejo eres mano, escondiste la pistola bien lejos».

El Ciego se rió. A media risa hizo un gesto de dolor y se llevó la mano al costado vendado. Estaba tendido en una cama, fumando, en calzoncillos, con el torso cubierto por un vendaje. El lado izquierdo de la cara había sido mal reconstruido por la cirugía y mostraba una especie de hendidura rodeada de costuras a la altura del pómulos, el lado derecho estaba impoluto, tan sólo el ojo de mirada vacía. Tenía el pelo muy negro, cruzado por mechones blancos, un bigote como el tuyo, de aguacero, que moría sobre el labio inferior. Como la habitación estaba en sombras, cuando giraba la cara tenía un rostro, luego otro: a veces era uno; a veces, otro. Sólo la voz era la misma.

—¿Cuántos eran? —preguntaste.

—Cuatro, chance cinco, yo nomás medio vi a cuatro. Tres del lado del mango y el que llegó del lado de mi ventanilla a rematarme, el que me cayó por detrás. Pero quién sabe si hubiera más.

—El carro tenía diecisiete impactos de bala más seis que tenía el doctor Galeana —dijo Güicho señalando al ciego.
—Le tiraron con todo.

—Hijos de su rechingada madre. No dejaban salir de Matamoros la ambulancia, dos de ellos la pararon en la salida del pueblo. Cuando nosotros lo encontramos se pusieron guardias en todo el camino y fuimos a buscar auxilio médico, pero cuando ellos se enteraron de que no estaba muerto, salieron a

parar la ambulancia —dijo un joven que estaba sentado en cuclillas en una esquina del cuarto y al que te habían presentado como Benjamín, el presidente municipal de La Sabana.

—¿Por qué no lo remataron, doctor?

—Sí me remataron, el que llegó por detrás fue el que me voló el ojo, Fierro. Sí, yo, para todos los efectos, soy un muerto que habla, amigo. Lo que pasa que los pistoleros de por aquí no saben anatomía, y no tocan la carótida de las víctimas para ver si la sangre sigue subiendo al cerebro, ni te toman el pulso. Si ven mucha sangre, te hacen difunto... A usted le gustan los milagros. ¿A poco no? En todas sus novelas hay un par de milagritos, Fierro... Pues eso. Yo soy su milagrito de esta semana.

—Es una tradición mexicana, doctor Galeana.

—¿Quiere ver a los pistoleros? —preguntó el Ciego, y sin esperar respuesta comenzó a levantarse de la cama. El joven le tendió unos pantalones de mezclilla y una guayabera.

Fierro contempló los movimientos lentos del hombre al vestirse, la sonrisa macabra, por los músculos retorcidos del lado izquierdo. Güicho se terminó de un trago apresurado su cerveza de lata bien helada. En una de las paredes de la habitación colgaba un diploma; a su lado, la famosa foto de la entrada de Villa y Zapata a la Ciudad de México; un poco más allá, la foto de la conejita de *Playboy* de abril del 69, veintisiete años antes, ahora debe de ser abuela. Una abuela bellísima.

—¿No habrá mucha bronca?

—A mí me protege el dios de los ateos, el dios de los novelistas ateos, el mismo que a usted, y de pilón, 73, 000 campesinos organizados. Además ahora están culeados, le tienen miedo a los muertos que andan —dijo el doctor en Medicina

El mundo en los ojos de un ciego
por la Universidad de México y doctor en Filosofía por la Universidad de Madrid, Ángel Galeana, conocido últimamente como *El Ciego*. Se puso unos huaraches cuya existencia descubrió tanteando en el suelo y buscó la puerta de la cabaña con las manos extendidas al frente.

4. La mirada

El sol, por estas tierras, hiere. Cae perpendicular, matando sombras y sacando brillos a lo que toca. Todo es más. El agua de un torrente tiene más espuma, los blancos son más blancos en las paredes llenas de imágenes de Emiliano Zapata hechas con plantilla y spray; el gris de los autobuses, casi acerado; los verdes son brillantes, acuosos; el rojo de las latas de cerveza Tecate, casi rojo sangre.

El doctor Galeana tomó del brazo a José Daniel Fierro y le dijo:

—Encamíneme a la plaza. Al zocalito. Vamos a hacer turismo del bueno, novelista.

Dos hombres con machetes y sombreros de palma se desprendieron del porche de una casa cercana y se colocaron ligeramente atrás de doctor y novelista. Güicho y el joven presidente municipal los adelantaron abriendo camino.

De una tienda de abarrotes salió una mujer vestida de negro con un niño en brazos y se acercó al Ciego. Te detuviste y el hombre olió en el aire a la mujer y al niño.

—Agárrelo al chamaco, doctor —dijo la mujer.

El Ciego Galeana tomó al niño en los brazos. No tendría más de cuatro o cinco meses. Eso le permitía ver el rostro desfigurado por las cicatrices con curiosidad y no con horror.

Un grupo de campesinos cargados de varillas de construcción salió de una tlapalería. Al ver a Galeana, las dejaron en el suelo y se acercaron al hombre.

—Doctor, denos la bendición.

—¿Me ven cara de cura? Chingá, ya les he dicho que dejen esas mamadas.

Aun así tendió la mano buscando la espalda de los hombres y la apoyó suavemente en la del más viejo. Otro de los campesinos tomó la mano y la transportó a su hombro. Luego Galeana devolvió el niño a los brazos de su madre y continuó camino.

—Cuando uno viene de entre los muertos, adquiere respeto. Hasta popularidad. Empiezo a entender al Vaticano y las virtudes de la resurrección.

—¿Qué quiere decir eso de que está pintado en casi todas las paredes? Eso de «Uno Equis Uno» —preguntaste.

—No lo vaya a escribir, son los muchachos, que se divierten espantando a los policías judiciales. Uno por uno. Un muerto de ellos por cada muerto de nosotros. Aquí ha habido mucha sangre, mucha chingadera, diez años de mierda y represión y ya se volteó la tortilla. Los caciques tienen pesadillas, los judiciales ya no se emborrachan en la cantina más que en grupos de cinco... Ha de ser por culpa del calor.

Sobre una colina, una pequeña plaza, con un zocalito y enfrente una mansión rodeada de jardines y una antena parabólica en el techo.

—¿Ve la antena? Ésa es la casa de Ibarra, el cacique de los caciques. Hay otros más, pero ése es el que manda, el dueño de las almas de por acá, las almas que le hemos robado, el que dio la orden de que me mataran —dijo el Ciego. —Este güey tiene parabólica y en la escuela hay una tele-aula a la que nunca

llegó la televisión y dos salones sin bancas, donde los niños estudian sentados en el suelo, o traen las sillas de su casa.

Tenías parte de esa historia en tu cuaderno de notas donde de vez en cuando anotabas una palabra clave, una sensación, una frase del Ciego: maestros bilingües que ganaban ciento cincuenta dólares al mes y cafetaleros que se llevaban cuatro millones de dólares al año controlando el monopolio del transporte para sacar de la sierra las cosechas. Latifundistas que tenían más pistoleros que hijos, y les sobraban hijos para contar y unas elecciones en las que el PRD había derrotado al partido oficial con el 86 por ciento de los votos y el pueblo cuidando las urnas machete en mano.

Bajando por un camino de tierra seca se iba a la plaza. El Ciego conducía. De vez en cuando esperaba que le confirmaras con el paso el camino o deslizaba una palabra para que a ti te sirviera de guía.

En el zócalo los policías municipales, media docena, no reunían un uniforme completo entre todos. Algunos tenían camisola azul, otros botas, uno tenía hasta la gorra. Cargaban máusers y escopetas calibre 22, uno llevaba un par de Colts al cinto. Cuando Galeana pasó a su lado se pusieron firmes. Era día de mercado, los puestos se extendían por la plaza y llegaban hasta los portales del Palacio Municipal. Olía a coco y a piña, a barbacoa y a epazote, a queso de cabra y meados.

—Lléveme hasta la iglesia.

El Ciego caminaba viendo el camino sin ver. Con la certeza de que se desplazaba en un mundo en el que pocas cosas se movían sin avisar antes. A la izquierda del altar entraron por una puertecita y comenzaron a subir la torre del campanario. El cielo era terriblemente azul. Parpadeaste ante la dureza de

los reflejos del sol. La escalerita terminaba en una terraza que rodeaba el remate de la torre. El Ciego se asió a un barandal de madera, caminó unos pasos y señaló.

—Hacia allí, hay un gran patio, en la parte trasera de un caserón; muchas matas enfrente, para el otro lado, atrás de la casa. ¿Lo ve?

—Sí, hay dos camiones en el patio, uno de ellos sin llantas, como que lo están reparando.

—Y unos hombres en el patio —afirma el Ciego.

—Tres, uno está trabajando en el camión. Los otros dos traen rifles.

—Es el patio de la empresa de transporte de los caciques. Los chingamos cuando hicimos la cooperativa. Debe haber uno alto, moreno, con paliacate al cuello. Ése es el Renco, ése fue el que me remató —dijo el Ciego.

—¿Y no hay manera de que lo detenga la policía?

—Es el jefe del retén de la Policía Judicial Estatal, amigo. Si les echamos a los municipales se arma una masacre. Y por otro lado no podemos meterle bastante presión al gobierno para que los levante. A lo mejor si el artículo de usted funciona, nos los chingamos.

José Daniel Fierro, novelista en pausa, reportero de sobaco de la Organización Campesina del Sur, sintió de repente el poder de la palabra. Era el brazo escribiente del rayo de la justicia que salía de la mirada de un ciego.

Desde el patio, el policía del paliacate levantó la cabeza hacia el campanario. Observó a las dos figuras y finalmente levantó el rifle.

—Nos está mirando, el Renco ése. Nos apunta con un rifle —dijiste.

—Diríjame la vista —pidió el Ciego.

—Baje la cara tantito y hacia la derecha... Tantito más a la derecha —le dijiste.

El Renco bajó el fusil y se zarandeó levemente. Como si hubiera recibido el impacto de la mirada de los ojos de un ciego.

5. Despertares

En las noches José Daniel escribe una novela que no recuerda en las mañanas. Sabe que es la novela que ha estado esperando escribir estos últimos años. Sabe que empieza con una frase deslumbrante y que el personaje femenino crece hasta comerse a los personajes que la rodean. Sabe que le sorprenderá cómo esta vez ha roto el desequilibrio entre el establecimiento de la trama y las conclusiones. Sabe que parte de la novela sucede en África y que algo tienen que ver con ella los cuadros románticos de Friedrich, esos paisajes levemente irreales, enormes ante la pequeñez humana, tragadores de protagonistas.

La novela se disuelve en las primeras horas del amanecer hasta desvanecerse totalmente en las mañanas cuando se levanta atrabancado, torpe, titubeante, tropezando con las pilas de libros en el suelo, rumbo al baño para poder mear.

A veces se ha dicho que si no tomara las dos últimas cervezas nocturnas, las ganas de mear no le interrumpirían el sueño y le permitirían dormir de un tirón y así la novela no acabaría de escaparse; podría prenderla de un hilo y detenerla. Pero en una esquina de su cabeza sabe que esto no es cierto, que la novela que sueña no existe y que si algún día quiere realmente escribirla, tendrá que soñarla despierto.

Éste no es el único fantasma de estas primeras noches en la Ciudad de México tras el regreso desde Guerrero. Últimamente se despierta sudando frío, con el doctor Galeana contemplándolo. No necesita recurrir al psicoanalista para saber lo que significa esa mirada profunda, plácida, amorosa incluso, del Ciego.

Pero José Daniel Fierro ha vivido muchos años con sus glorias y sus culpas y puede soportarlo. Hay más. Han sido noches de calor, que decrece hacia las cuatro de la mañana cuando se arrastra casi hacia la cama. Y allí, se mezcla esto, de saber en qué soñar y lo que los sueños le significan. Allí se mezclan las premoniciones del sueño y los emisarios del pasado. Luego viene la última lectura y el deslizarse a través de ella al sueño. Ha vuelto en estos días a releer a John Dos Passos y es en esa Nueva York múltiple con lo que entra al sueño, para que el sueño, siguiendo supercarreteras no controlables, luego lo lleve a verse a sí mismo observado por un ciego.

Suele despertar en estos días, dos o tres, después del regreso desde Guerrero, con calambres en las piernas, dolores musculares en las pantorrillas, diferentes al habitual dolor profesional en la columna, que lo acompaña desde que publicó su sexta novela, o escribió su artículo trescientos. Intuye que estos calambres, no demasiado dolorosos, pero sin duda molestos, son una nueva lesión profesional que se debe a las consecuencias de ejercer el oficio de contar historias. Son parte del precio.

Quizá tenga que ver con que ayer, cuando empezó a darle forma al reportaje sobre las montañas de Guerrero y la historia del asesinato de los campesinos de Tierra Blanca y el ataque al doctor Galeana, se consiguió una pistola calibre 45, un pinche pistolón automático, y lo colocó debajo de la cama, entre

una pila de libros sobre los tesoros de los templarios y otra de narradores africanos, que se ha prometido leer en alguna banca de algún parque de la colonia Condesa.

Pero los libros a veces están sobre la cama; otras, al lado o abajo de la cama, porque en casa de José Daniel Fierro los libros se mueven a su libre albedrío, huyen para finalmente aparecer en medio de las sábanas empapadas de sudor y clavados en el riñón, en las costillas, para ser literatura punzante. Afortunadamente la pistola permanece en el suelo.

De la cama ha estado saliendo directo hacia el ordenador, con una leve pausa para hacerse con un paquete de seis Coronitas y un golpe de codo al CD para que vuelva a sonar el brindis de *La Traviata*, el coro de los esclavos, la marcha triunfal de *Aida*. Verdi directo en vena.

Las primeras imágenes en la pantalla estarán nubladas por las lagañas y las intuiciones. Ha consumido tres días en eso, hoy inicia el cuarto, le queda uno más para terminar el reportaje a tiempo para que entre en el suplemento dominical de *La Jornada* y luego mandarlo a sus cuates de *The Nation* y a la gente de *L'Unita*.

6. Hablando

—¿Se ha dado cuenta de lo bellas que son esas mujeres?

—¿Y usted cómo lo sabe, si está ciego?

—Ésa es la única pinche ventaja de estar ciego, todas las mujeres son bellas.

Se han sentado en el patio trasero de la casa del doctor Galeana, abajo de un naranjo achaparrado, que está floreciendo. El Ciego levanta el rostro de vez en cuando hacia el sol,

como si cargara las baterías en la luz intensa, blanca casi, que lo inunda.

—¿Por qué lo quisieron matar, Doc?

—Porque nos los hemos rechingado bien y bonito. Porque esto era tierra de esclavos; ellos eran los dueños de las cosechas, del café, de la gente, de la tienda, de las borracheras, de los sueños, del presidente municipal, de la cantina, de la cárcel, de las mujeres. Y poco a poco se los hemos ido quitando, se los chingamos. Les armamos las cooperativas de transporte, les invadimos las tierras de pastos de las vacas, y las recuperamos, porque eran tierras comunales, que ellos se habían robado...

—¿Y qué hay de cierto en la denuncia que hacen los caciques de que el movimiento está apoyado por los mariguaneros?

—Eso pasa mucho más arriba, sierra para adentro. Y sí, para qué le miento, a los mariguaneros los dejamos hacer, no los estamos chingando y ellos no nos chingan a nosotros, y de vez en cuando nos venden los rifles que les quedan viejos. Pero no crea que hay más. De cualquier manera la mariguana siempre bajó de la sierra en los camiones de los caciques, en la red camionera de los Ibarra, y ahí sigue bajando. En esos camiones baja la mariguana hasta Acapulco.

Pero la tensión va más allá de problemas políticos. Aquí todo parece jugarse en el terreno de la supervivencia. El Ciego enciende un cigarrillo.

—La gota que colma el vaso es que dicen que le robé el alma al patriarca de esos latifundistas culeros, al mismísimo Simeón Ibarra.

—¿Y cómo se roban las almas, doctor Galeana?

—Usted ha de saber, usted es novelista.

—Se lo pregunto de otra manera, Doc, ¿cuáles son los síntomas de alguien al que le robaron el alma?

El Ciego huele el azahar del naranjo, se lleva la mano al pecho y se rasca bajo la camiseta, que muestra invariablemente el rostro de la mirada acuosa de Emiliano Zapata.

—Pican las pinches cicatrices, novelista... Una de las cosas que más me chinga es que no sé cuando me corto al afeitarme.

José Daniel enciende el vigésimo cigarrillo. Después del malvado robo al que lo sometieron los aduaneros holandeses cuida cada uno como si fuera de oro. Los habanos españoles, manufacturados por la tabacalera hispana pero con tabaco de Vuelta Abajo, Pinar del Río, Cuba, son poco menos que El Dorado de los fumadores; la dinamita en humo. Los mosquitos de la Costa Chica de Guerrero se acercan y mueren sonrientes en torno de la cortina de humo que expande a su alrededor.

—¿Síntomas? —se pregunta el Ciego, y responde—: Se le cae el pelo, anda con muina todo el día, puras pinches tristezas, se le van las ganas de mear y de coger; sus mujeres dicen que se volvió puto; en las noches aúlla como perro, no responde cuando lo llaman por su nombre... Eso dicen los que saben del asunto de robar almas.

—¿Y cómo se la robó usted?

—Lo maldije en público y quemé una foto suya en la plaza del pueblo, una foto empapada en tequila.

—¿Así nomás?

—Lo del tequila fue porque estaba yo borracho y se me había resbalado por encima de la foto. Lo de quemarla y maldecirlo fue para quitarle el miedo a la gente. Ese hijo de la chingada

había dado orden de emboscar a Lupercio y habían torturado a la hermana de Chano. Y ya clamaba el cielo... ¿Usted es creyente?

—No.

—Yo tampoco, pero creo en el dios de los ateos. Y creo en la magia ejercida sobre los que creen en la magia.

—De manera que a usted no pueden robarle el alma.

—No, a mí lo que pueden es dejarme ciego a tiros... y siempre podrán matarme de nuevo. Y desde luego, pueden pelarme el nabo —dirá el doctor que le había robado el alma a un cacique.

7. Del título de las novelas

—Padre mío, ¿tú te crees que una novela que se titula *13 tópicos en burro avanzan* puede llegar hasta el escritorio del director literario de alguna casa editorial?

—Se llama *Diecisiete estereotipos a caballo atacan en la noche* y ya llegó, la mandé con un título provisional, hija, para disimular un poco.

—¿Cómo la llamaste?

—*Veintitrés paradojas nos pelan el pito*, pero abajo, con letra más grande, le puse: «título provisional».

Tu hija ríe.

Mejor no le cuentas la novela. Mejor no entras en esa confusa explicación de por qué respetas y ahora tratas de imitar a los novelistas que revientan a su personaje central en el capítulo tres y tienen que rehacer la trama hilando de nuevo atmósferas y anécdotas para deshacer el desastre; y cómo tú no puedes hacerlo, y los haces avanzar cuidándolos, sacándolos del borde del precipicio, llevándolos a la sala de urgencias del hospital para que les hagan un lavado de estómago en el último minuto.

Tu hija sólo sabe cocinar huevos. Revueltos, estrellados, a la mexicana, cocidos. Eso y abrir latas para acompañar los huevos. La ves hacer. Se mueve con la gracia de siempre, con la habilidad adquirida por ocho años de estudios de *ballet* abandonados.

Pero mejor no le explicas que a los cincuenta y seis años has escrito una novela con una voz femenina en primera persona y que a estas edades tardías han retornado las influencias de Víctor Hugo y Zolá. Que la protagonista de la novela es una mujer de treinta años que hace un par que no se ha acostado con un hombre y que tiene una miopía creciente, miedo en las noches, la casa llena de osos de peluche, baila en un cabaret y es la lideresa de un barrio de «tomatierras» en las afueras de la Ciudad de México, más allá de donde Cristo perdió los calzones. Bueno, eso es la novela entre otras cosas, y aunque no se la cuentas terminará leyéndola.

Tu hija se sienta ante ti en la mesa de la cocina y te contempla con mirada maternal. No sabe que escribes novelas cada vez más enloquecidas. Y la clave literaria de la historia está en los platónicos amores de la mujer con Tarzán y todo eso conectado con una conspiración de monjes tibetanos, un diario que cambia de manos a causa de una herencia turbulenta y una repentina oleada de frío en la Ciudad de México.

No se la cuentas, pero ella sonríe, como diciéndote: «De todas maneras voy a leerla». «Tarde o temprano voy a leerla.»

—¿Y a ti cómo te va?—le preguntas antes de que te lo diga.

—Bien, ¿o quieres que te lo cuente?

Ahora eres tú el que sonríe, porque no quieres que ella esté triste o desolada o deprimida. Quieres que esté bien y ya, y punto.

Ella pone sobre la mesa una tortilla de atún y la reparte en dos platos. La tortilla está un poco quemada.

—¿Sabes algo de tu madre?

—¿Te conté que se había casado con un japonés?

—¡No me chingues!

—Lo juro. Un japonés, chaparrito, como de la mitad de tu tamaño. No me invitó a la boda. Él es ejecutivo de una cadena hotelera. Se ve simpático. En las fotos se ve simpático.

—Horror azteca, es lo que esa mujer se merece, un marido del tamaño de un bastón.

Tu hija come, dirigiéndote de vez en cuando miradas de reojo.

—¿Cómo te fue en Europa? ¿Salieron muchos libros nuevos? ¿Te quieren más los lectores? ¿Trabajaste en algo?

—Bien, va bien. Más que bien. Salió una novela en Italia y Francia y una de las viejas en Grecia, di un curso de tres días en una universidad de verano en España, fui jurado de un festival de cine y me enamoré como loco de una actriz secundaria danesa que tenía una rosa tatuada en el hombro, y cuando le tiré los perros me sonrió y dijo que le recordaba a su papá; me emborraché en un tren entre Alemania y Suiza y me robaron los aduaneros holandeses. ¿Qué más? Me ofrecieron un papel de cura en una obra de teatro y lo rechacé, vendí un cuento a una revista y luego se lo vendí a otra y se lo tuve que quitar a la primera, porque se me había olvidado, y escribí unas notas, unas pinches notitas, tres, cuatro paginitas, en dos meses.

—¿Y la danesa?

—¿Cuál danesa?

—¿Y las notas para qué eran? ¿Para una novela?

—Para una novela, de padres e hijas.

—Ni se te ocurra meterme en una de tus novelas, jefe, te lincho, no te vuelvo a dirigir la palabra.

—Bueno, pues una novela de madres e hijos, corruptos, transas, gandallas, miserables, oportunistas, trepadores de la pirámide, caníbales morales, carroñeros. Voy a tratar de escribir un libro con personajes a los que no pueda querer.

—No te va a salir. Esos libros no te salen... ¿Y a qué fuiste a Guerrero, padre?

—A pasar un día hablando con un ciego.

8. Conversando

—La segunda vez que llegué por aquí, pensé que me había vuelto invisible. La raza miraba a través de mí.

—¿Y la primera?

—La primera fue cuando nací. Luego salí a los diez años a terminar la primaria y volví cuando tenía treinta. Había vivido en Europa, era doctor. Cuando llegué me di cuenta de que había pasado veinte años de mi vida dentro de un pinche tetra pak, que la realidad era esto; lo demás, tiempo de espera... Chingá, estoy hablando como uno de los personajes de sus novelas. Su estilo resulta contagioso, Fierro.

Miras al Ciego con ojos diferentes. Siempre te han gustado los personajes literarios que retornan. El amor por el western. La idea de la reparación de la ausencia original. ¿Cuántos años tiene el doctor Galeana? ¿Cuarenta y cinco? ¿Cincuenta y seis, como tú?

Un grupo de campesinos ha entrado al patio, observan de lejos al Ciego con respeto, luego se van a discutir con Güicho y el presidente municipal en una esquina alejada, a la sombra

de otro árbol. Traen muchos papeles que salen de mochilas y morrales. Los van colocando sobre el suelo, como si los papeles fueran mapas que pudieran guiar hacia alguna parte.

—¿Y dónde aprendió usted magia, doctor?

—En las novelas, ¿dónde si no? ¿Usted cree que dan un curso de magia en la escuela de medicina de la Universidad de México? Ni siquiera cuando estuve en Madrid. Los españoles creen en la lotería, en las quinielas deportivas, en las revistas del corazón, en la predicción del tiempo, en puras pinches pendejadas.

9. El artículo

Cuando José Daniel Fierro leyó en *La Jornada* la primera parte de su artículo sobre el Ciego, una mañana de sábado, pensó que era peor que como lo había escrito. O al menos que al estar en papel de imprenta, lo habían mejorado sus teclazos. Que nuevamente, la palabra se deteriora al volverse palabra, o quizá, que uno recuerda lo que escribe mejorando lo que realmente escribió. De cualquier manera, había logrado, basándose en imágenes sueltas, paisajes, descripciones y frases, reconstruir un pedazo del infierno en que se había tornado la Costa Chica de Guerrero.

Había logrado que la rabia de la injusticia pasara al papel. Reseñando abusos, anécdotas, creando personajes. Las historias que le había contado Güicho Hernández, sobre esa zona y las cooperativas, y la labor del Ciego Galeana, estaban ahí. Y uno, lector de sí mismo, se sentía enfurecido ante tanta chingadera, ante tanto papel mojado, promesa incumplida, fraude legal, morosidad administrativa que hacía que un juicio agrario demorara veintidós años, permitiendo que los caciques

se quedaran con la tierra de una comunidad al amparo de sus pistoleros, de la ley, del gobierno, de las malas costumbres.

De alguna manera lograba pasar al lector la idea de que mientras la muerte en la Ciudad de México era un accidente pinche, una casualidad, en la que si bien la ley de probabilidades atentaba contra ti, en Guerrero, a cuatrocientos cincuenta kilómetros al suroeste del DF, la muerte era un abuso constante, un castigo cabrón que caía contra los que no se resignaban, contra los que pensaban, contra los que actuaban.

Cuatro llamadas de teléfono en el curso de la mañana le confirmaron que la historia estaba circulando en varios niveles y que provocaría una intervención de la oposición al PRI, otra más, en el Congreso. Su amigo Andrés le aseguró que de alguna manera desde su periódico le darían seguimiento a la historia y el loco Zenaido le dijo que iba a hacer un programa de radio con ese material.

José Daniel se dio por satisfecho y trató de cambiar de canal. La vida se le estaba volviendo un zapping televisivo con baile de neuronas incorporado. Había pospuesto el retorno al DF a la culminación del artículo sobre Guerrero; es más, para que quedara claro que no terminaría de regresar hasta no haberlo entregado, había dejado sin abrir la mochila en la entrada del departamento.

Ahora podía volver a su casa, a su mesa, a su vida, y siempre era un retorno complicado. Una apuesta de orden, una recuperación de las ideas del hogar. Vivir en soledad, decidir todos los días en qué trabajar y cómo, haber pasado de los cincuenta y cinco, organizar el tiempo sin que nadie, ninguna fuerza ajena, ni dios, ni amo, ni patrón, interviniera, mantener el delicado equilibrio entre orden y caos, era un trabajo fino.

Las inercias trabajaban para la apatía, el desgano, la depresión, las tristezas, las adicciones simples, las lecturas inconclusas, las comidas a medias.

Empezó por lo más fácil, reorganizar la economía: reunió el correo que se le había apilado en los dos últimos meses, separó cuentas y adeudos (teléfonos, atrasos en el videoclub, cuota del Pen Club, luz, renta), hizo cheques y los guardó para dedicar la mañana posterior a rodar por la ciudad pagando. Luego tiró toda la propaganda que le había llegado sin leerla, arrojó a la basura lleno de felicidad todas las invitaciones de instituciones oficiales, incluidos clubs literarios, embajadas, institutos culturales y demás, para asistir a exposiciones, mesas redondas, inauguraciones. Juntó con gran placer todos los reportes de los frequent flyers que le anunciaban que se seguían sumando millas y kilómetros a través de sus tarjetas, con lo cual Iberia Plus le daba oportunidad de viajar gratis a Manila y había reunido suficientes millas en el Club Premier de Aeroméxico para ir y volver gratis a Nueva York; en el Mileage Plus de United tenía para viajar a Europa, gratis, tres veces desde Estados Unidos y hasta reunía premios suficientes para ir a Groenlandia con el pase de SAS.

No pensaba ir a Manila y no tenía ganas de dar conferencias en Islandia, pero las millas acumuladas le daban una sensación de riqueza maravillosa. En el correo había tres cheques de sus editores franceses y griego. No era mucha plata, pero algo más de lo que había gastado. Eso era la suprema riqueza, vivir de escribir y ganar un poco más de lo que gastaba. Daba la sensación de que estaba engañando a alguien.

Encontró en el correo electrónico una docena de cartas personales en medio de boletines, ofertas de equipos de cóm-

puto más rápidos y con más memoria, circulares de clubes del libro y un mensaje de la Comisión de la Verdad en torno a la investigación sobre los negocios sucios del gobierno. Entre las notas familiares, una de Luis Sepúlveda desde su nueva casa en Gijón, diciendo que la pequeña ciudad del norte de España cada vez le gustaba más y que en esos días las gaviotas estaban en celo y chillaban a todas horas, y finalmente un recado del periodista Marc Cooper de Los Ángeles, pidiéndole la receta de los huevos motuleños.

Contestando, comenzó a sentirse en casa. Esto era lo más parecido a una rutina hogareña. Finalmente se concentró en las noticias de su red de apasionados a repetir la batalla de Waterloo. José Daniel Fierro jugaba siempre como Napoleón y en el último año, en una partida en la que había pasado casi tres meses, había logrado romperle el culo a Wellington y luego tenderle una emboscada a los refuerzos de Blücher. En el circuito de internet que comentaba estrategias sobre Waterloo, José Daniel, conocido bajo el seudónimo de la Araña asesina, era profundamente respetado. Últimamente había estado explorando las posibilidades de una prematura carga de la caballería de Ney mientras adelantaba la artillería para castigar el flanco izquierdo inglés y dejar Le Haye Sainte para un segundo encuentro con los granaderos.

Y el contestador telefónico se había saturado de llamadas. Mirar la cinta de tres horas repleta de mensajes le dio pánico. Entre unas y otras había consumido un día entero. En cuatro viajes a la cocina había descubierto un refrigerador que parecía saqueado por una horda tártara, y en el que pronto se habían acabado las cervezas. Volver al hogar. Tenía que ir al súper y lavar camisas, resolver el problema de las baterías de montaña en el flanco izquierdo de Wellington y empezar a darle forma a las notas de la novela. Hogar.

10. El asesinato

El departamento de José Daniel Fierro está en el centro geográfico de la Ciudad de México, arriba de una tiendita que vende dulces y refrescos, en el corazón de la colonia Hipódromo, sobre una de las calles más bellas de la ciudad que una vez se ufanara de ser la región más transparente del aire y que hoy tiene una atmósfera llena de humos tóxicos que apendeja a los pajaritos y desmadra los amaneceres.

Desde su ventana en el tercer piso se ven los árboles de la calle Amsterdam, una avenida que alguna vez fue la pista de un hipódromo, y que hoy en su óvalo permite que conductores despistados le den más de una vuelta buscando la salida.

Su departamento, construido a mitad de los años treinta, ha resistido un par de grandes temblores sin una sola herida importante, y no tiene más que dos incongruencias: las llaves del agua fría y caliente están invertidas en el baño (cosa que para José Daniel ha sido un suplicio a lo largo de los años, causando que el hábito hogareño le provoque que se queme la espalda en las duchas de multitud de hoteles) y que la puerta de la entrada se abre al revés, hacia el exterior.

A las tres de la mañana, sabrá más tarde, el timbre sueña una sola vez. A pesar de que sale del sueño sobresaltado, sabe que no es un sonido de la televisión que se ha quedado encendida; que el sonido no procede del final de *Alien 3*, y que tampoco es el sonido del timbre de la calle, mucho más agudo.

José Daniel abre los ojos, los abre literalmente estirando los músculos, para que la luz de un farol que se filtra por la ventana y la luz oscilante de la televisión le confirmen dónde se encuentra, y espera un segundo timbrazo, que no se produce.

Tropezando con las pilas de libros, llega hacia la puerta y escucha. Luego tímidamente recorre los cerrojos y trata de abrir, descubriendo que algo bloquea la entrada. Absurdamente decide que alguien le trajo una caja de libros, y empuja con más fuerza para desbloquear la puerta. Y mientras empuja, se da cuenta de que a las tres de la mañana no entregan libros, ni es una broma; que tiene que ser algo peor, el mal, la chingadera más cabrona, el horror, el demonio suelto otra vez en la Ciudad de México, y empuja. Algo se mueve al otro lado de la puerta, y finalmente logra abrirla lo suficiente para asomar la cabeza y ver a la luz de un foco triste en el pasillo el cadáver del Ciego. La media mirada que lo ha perseguido todos estos días, el rostro desfigurado, aún más desfigurado, del doctor Ángel Galeana, ahora con un agujero sangriento en la frente.

Y el horror le entra por los ojos, le destruye la estabilidad del cuerpo, y cae llorando sobre el cadáver, aullando, recordará más tarde, gritando.

11. La culpa

—¿Se siente usted responsable de la muerte del doctor Ángel Galeana? —preguntó a bocajarro el corresponsal de la UPI.

Y si le dices la verdad, tendrías que confesar que sí, pero ¿a qué darles el gusto extra a los asesinos? Y te tragas la culpa, difusa e irracional, como todas las culpas, y respondes una sarta de lugares comunes: que el asesino es el sistema que existe en la montaña de Guerrero, que detrás de la muerte de Galeana están el cacicazgo de los Ibarra, que el gobierno sabe, permite y sonríe los actos de los caciques, que las guardias blancas y los

policías judiciales estatales son uno y lo mismo, que el gobernador de Guerrero es responsable de una situación...

El teléfono y la puerta no han dejado de sonar, una veintena de periodistas acosa a José Daniel Fierro, y a pesar de las ganas de huir, de meterse bajo la cama con la pistola en las manos, de dejar que el contestador telefónico pesque la llamada: un imán maligno lo lleva a ponerse frente al flash y las preguntas: como si así cumpliera la eterna obligación de dar la cara en las malas y las peores, que los mexicanos de honra han adquirido en estos últimos años en que nos hemos vuelto expertos en humillaciones y entierros.

En el espejo del baño, cuando por décima vez se echa agua en la cara, encuentra nuevas canas en el bigote poblado y unas ojeras violáceas, que arquean los ojos. Y descubre un brillo errático en su mirada, un extravío, que identifica con la locura y claro, cómo no, con el miedo.

—¿Y no tiene miedo? —pregunta un reportero de *El Universal*.

Y José Daniel Fierro rehúye la respuesta verdadera, la única, la que intenta salirle por la boca y responde:

—Sí, pero ya llegó la hora de que tengan más miedo ellos.

Sin saber muy bien qué puede significar esto y a riesgo de que parezca que está haciendo un llamado a la venganza y a la violencia.

—¿No le espanta que la realidad se ha vuelto más dura que cualquiera de sus novelas? —le pregunta una jovencita de lentes gruesos y melena muy negra, recién salida de una escuela de periodismo, que lo mira con una mezcla de asombro y adoración, porque José Daniel publicó su primera novela en el 73, el mismo mes y año en que ella nació.

—Hoy no es el mejor día para preguntarme esto. Hoy siento que la ficción vale para puro pito, hija. A lo mejor hoy te digo que ya nunca volveré a escribir una novela. Pero sé que si lo cumplo, dentro de un mes, de tres, de un año, me muero de tristeza. Mejor déjalo. Y nuevamente:

—¿Piensa que su reportaje provocó la muerte del doctor Galeana?

12. Dormir

Has sido condenado al insomnio. No duermes. Una semana entera sin dormir, acudiendo al lecho sin encontrar reposo. Dando vueltas sudando, adelgazando, malcomiendo, fumando y bebiendo cervezas que no acaban de emborrachar ni de embotar. Una semana de horror en la que se filtran noticias: manifestaciones en Acapulco reprimidas a tiros por la policía, la zona de La Sabana bloqueada por patrullas de campesinos armados, dos pistoleros de los caciques aparecen colgados de un árbol, una investigación parlamentaria, controles militares en la zona, el Informe de Amnesty sobre los diez años de violencia en Guerrero.

Y las noches sin sueño y los días de arriba abajo en reuniones con comités, grupos políticos, periodistas, policías judiciales federales que dan garantías a nombre del procurador general de la República de que el caso será resuelto, y mentiras, y medias verdades, y el informe del forense y los peritos, y los investigadores:

Galeana fue secuestrado en su casa, llevado en un automóvil a la Ciudad de México, asesinado en el auto, que había sido robado en Chilpancingo cuatro días antes y arrojado en la

puerta de tu casa. El Coche de la Muerte, un Golf del 95, estaba abandonado frente a un supermercado a dos cuadras de tu casa, con la sangre reseca, como óxido de hierro, pegada en el asiento trasero. Lo viste varias veces, acercándote entre mirones y curiosos. Y allí en el estacionamiento del súper, los estudiantes de medicina pintaron una cruz roja en el suelo, colocaron sobre ella una foto del Ciego y durante toda la semana hicieron guardia ante ella. Y la cruz se llenó de velas y veladoras, flores y recortes de periódicos que iban dejando ciudadanos tan azorados como tú, muchos de los cuales habían leído tu artículo, y te saludaban con un gesto de cabeza, con una palmada en el brazo, como si fueras la viuda del muerto.

El Ciego estaba muerto. Ésa era la verdad. El cuate entrañable con el que habías estado hablando y que merecía ser personaje de novela. Un personaje que tú no merecías tener en tus páginas de lo bien que le salían las frases y los gestos, de su retórica perfecta ante el riesgo y la vida. Ahora sólo podía ser personaje de notas necrológicas. Así es la muerte de cabrona, acaba con las vueltas, las disquisiciones, las opciones.

«Cuando a ese señor lo mataron, yo estaba en mi casa, porque me encuentro muy enfermo», decía Simeón Ibarra, el latifundista de La Sabana en una entrevista, y las fotos desmentían la enfermedad, porque el tipo había roto el maleficio y ya no se le caía el pelo y seguro ya no aullaba en las noches. Y cuando retornaste a mirar esa foto detenidamente, supiste lo que tenías que hacer.

Nada de firmar manifiestos públicos, nada de reuniones con el Subcomité de Derechos Humanos del Senado, nada de denuncias ante la asociación de periodistas y corresponsales extranjeros. No más insomnios intentando dormir.

13. Magia Blanca

El pueblo estaba tomado por todos. Cuestiones de equilibrio. Un equilibrio precario, que dejaba gusto amargo en la boca. En la entrada un retén del ejército con dos tanquetas, soldados indolentes de miradas turbias. En las calles campesinos armados con machetes y escopetas que llevaban brazaletes de la OCS, rodeando pequeñas hogueras, campesinos que bajaron de las lomas hace una semana y que permanecen en pequeños grupos aquí y allá, concentrándose poco a poco en las cercanías del Palacio Municipal. Ante la casa de los Ibarra un par de patrullas de la Judicial Estatal, y cerca de ellas los restos quemados de otra que la gente había hecho arder al día siguiente del asesinato. Y periodistas, turistas de la información, camionetas de televisión acabándose el pan Bimbo y los refrescos de la miscelánea.

El Jeep de José Daniel Fierro, precediendo tres aparatosos camiones, uno de ellos con placas de Texas, se detuvo ante el Palacio Municipal.

—Vengo a pedir permiso para celebrar un festival de ilusionismo y magia en el pueblo —le dijiste muy serio al presidente municipal. Al menos una docena de periodistas los rodeaba.

—¿Y en qué consiste el espectáculo, señor Fierro?

—Básicamente en ilusionismo, Magia Blanca, un show.

—Supongo que será gratuito. Que todos los habitantes del pueblo podrán ir a verlo. —Desde luego.

El presidente saca el permiso que preparó desde hace dos días, cuando recibió la llamada del escritor. Con seriedad y cara de circunstancias, rellenando la coartada.

—¿Y dónde quiere poner el escenario, señor Fierro?

—En la placita de San Lázaro, allí está bien, ¿verdad?

—Nos encargaremos de que tenga protección de la policía local —dice el presidente municipal, y sonríe de nuevo. Luego señala hacia la casa de los Ibarra, al pie de la placita de San Lázaro, que se ve desde el ventanal abierto del Palacio Municipal y dice:

—Buen lugar para un festival.

Los camiones, precedidos por los veinticinco agentes municipales armados hasta los dientes y con cara de que como alguien se ponga enfrente se lo comen y luego escupen la osamenta, se dirigen a vuelta de rueda, apresados en una multitud que huele venganza, por callejuelas estrechas, a la izquierda de la plaza mayor; uno de ellos, que lleva en el costado dibujadas enormes serpientes en brillantes colores, está a punto de quedarse atorado por falta de espacio, entre un jacal y una fila de magueyes.

El primer camión se detiene ante la casa de los Ibarra, haciendo caso omiso de los gestos de los policías judiciales. Mientras estos protestan y el presidente municipal les muestra el permiso recién concedido, de la trasera salen reflectores que conectados a un generador lanzan mensajes de prueba al cielo. Las paredes laterales del camión se deslizan al suelo y queda instalado un escenario de dos vistas, hacia la multitud y hacia el portón de hierro y los ventanales de la casa, que se han iluminado todos, como si los propietarios estuvieran de fiesta.

Del segundo camión, tomada de la mano de José Daniel Fierro, quien se ha puesto un sombrero de palma en la cabeza y trae un micrófono inalámbrico en la mano, sale una mujer vestida de rojo sangre, con un esmoquin de solapas doradas y la cabellera rubia ondeando.

—Con ustedes, pueblo de La Sabana, para iniciar este espectáculo de magia e ilusionismo, Camille, la única mujer que ha desaparecido un elefante en una plaza, pero esta vez...

La música, salida de los altavoces que ahora adornan el techo del tercer camión la emprende con *La Marcha de Zacatecas*; nada más lejos de la música circense que solía acompañar los espectáculos de magia, o la música tecno, con la que ahora hacen sus maravillas los magos televisivos.

Ante los ojos sorprendidos del millar de campesinos que llenan la plaza, y que aumentan a cada minuto, Camille desaparece en escena un chivo, luego dos gallinas y más tarde un caballo con tan sólo cubrirlo con una maravillosa capa de seda que parece ondear de un lado a otro del escenario improvisado. Y las luces de los reflectores danzan por el aire mientras José Daniel alaba las virtudes de la mujer maravilla, porque el caballo realmente estaba allí y ahora no está, y bajo el camión nomás están las ruedas, como constatan los niños y los escépticos, que hay muchos, por tanto no queda más que aplaudir y soltar una salva de escopetazos al aire, con algunos perdigones malintencionados que hacen pomada una de las ventanas de la planta baja de la casa de los caciques.

Entre aplausos y alaridos del personal, Camille, quien se llama realmente María Dolores Pérez y nació hace veintiséis años en Ciudad Nezahualcóyotl, aunque ahora viva en Detroit, hace la V de la victoria y pide el micrófono al novelista para gritar un «¡Viva Emiliano Zapata!», que la multitud corea apasionada.

José Daniel observa las ventanas de la casa iluminada, el jardín y la gran antena de televisión vía satélite que corona el edificio. Huele la pólvora en el aire y dramatiza la pausa antes

de presentar a Blakamán. Del tercer camión, centrado en un círculo candente de luz por los reflectores, un perfecto círculo de fuego, aparece caminando con parsimonia un hombre pequeño, casi un enano, vestido totalmente de negro y enmascarado. Se mueve con la gracia de los grandes maestros, fascinado por este público de campesinos encabronados, que lo perciben como un aliado en la guerra contra el mal, la sequía, las chingaderas y los abusos, las inundaciones, los mosquitos y las emboscadas de los pistoleros.

Su voz es muy suave y un poco ronca. —La magia es una forma de justicia —dice repitiendo el guión que ha elaborado con José Daniel la noche anterior. —La magia sirve para devolver las ilusiones y castigar la infamia. El que nada debe nada teme, pero el que a hierro mata a hierro muere, y la magia es el espejo que le devuelve los demonios. Ahora está aquí y ahora... —y en la pausa los reflectores se apagan durante un escaso segundo y cuando su luz cegadora retorna, el hombre pequeño ha crecido un palmo, veinte centímetros al menos y la gente aplaude—... Sigue estando aquí pero es diferente. ¡Y ahora! —y nuevamente los reflectores nos abandonan y en la ausencia de luz sabemos que el hombrecito de nuevo ha aumentado de tamaño, y cuando la luz vuelve, así es. Su crecimiento le ha cambiado los rasgos, la nariz se ha afilado, el pelo ha crecido. Ahora el hombre mide más de 1.70m.

Y mientras los aplausos atruenan la pequeña plaza, un gesto de José Daniel Fierro, poseído de su papel de maestro de ceremonias, provoca el silencio y los reflectores se mueven mientras la música desciende, se disuelve y retorna ahora con las inconfundibles notas de guitarra de un son, y de los reflectores surgen cuatro campesinos que portan un enorme retra-

to fotográfico del viejo cacique Ibarra. Blakamán, el hombre que ha crecido en un escenario, pone su mirada en el retrato del cacique, y con la vista fija, focaliza la de todos los espectadores, que ahora llegan a más de tres mil en la pequeña plaza, y suben a los árboles, dominan las escalinatas que rodean el quiosco central, se arraciman en las esquinas queriendo ver, pero curiosamente conservan libre el espacio que el doble escenario ofrece, dando cara a la casa de los caciques.

La foto muestra el rostro de un hombre moreno, viejo, de rasgos afilados y una mirada altiva, de pelo gris veteado de blanco, vestido con una guayabera. Cuando la apoyan en un caballete, colocado por los veloces y casi invisibles ayudantes de Blakamán, la foto queda ladeada, más bien ofreciendo su frente a la casa del cacique, que José Daniel adivina en esos momentos observando la escena desde el gran ventanal superior de la casa, el único que no se encuentra totalmente iluminado. Adivina a Ibarra mirando hacia la calle, con las manos sudadas, tembloroso ante lo que prevé, impidiendo con un gesto que uno de sus pistoleros dé la orden de disparar contra la multitud.

Y Blakamán, el nuevo, Blakamán el alto, hace un gesto, pide el micrófono a José Daniel y dice:

—La magia es justicia —y lo dice con una voz suave, pero la multitud entiende y grita, aplaude. Y las luces se van y cuando un par de segundos después retornan, muestran el retrato de un muerto: ojos vacíos, cabeza caída, pelo absolutamente blanco, un reguero de baba brotando por las comisuras de los labios. Y Blakamán saluda al público con una inclinación muy pensada, porque para eso el respetable público es la sal de la tierra, y camina lentamente a su camión dando paso

al jefe Fierro, quien, micrófono en mano, ha encendido uno de sus habanos y convoca a la fiesta al insuperable, el único...

—El maestro del ilusionismo, de la fantasía y la magia, el «grande entre los grandes», Filiberto Padilla, el Charro Verde—, quien sale del tercer camión, en medio de los aullidos de una grabación de estruendo de multitud que el ingeniero de sonido copió de un Super Bowl transmitido por la tele. Y los camiones son ya en estos momentos la supercaja de Pandora, el Hollywood de los parias de la tierra, las tres carabelas de Colón, y sale pues el Charro Verde acompañado de un maria-chi que ataca, mientras avanza hacia el escenario, la introducción de aquella canción que hizo genial a Jorge Negrete, *El hijo del pueblo*; esa que dice: «... y es mi orgullo haber nacido/ en el barrio más humilde/ apartado del bullicio/ de la falsa sociedad», y la plebe, reconociéndose en eso de los más pobres entre los pobres, se festeja y hace sonar las palmas y se oyen tiros sueltos, y los machetes sacan chispas al golpear con los adoquines.

Y el Charro Verde, ataviado cual su nombre lo indica (José Daniel había discutido el día anterior cuidadosamente las coreografías, y con el argumento quevediano de que «Dios estaba vestido de sí mismo», había dejado zanjado los cómo del atuendo del charro), avanza hacia el escenario con una escopeta y un micrófono en la mano.

Y los ayudantes cuasi invisibles colocan en una de las esquinas del camión un enorme blanco, «como de dardos, pero gigante», había dicho José Daniel, en cuyo centro aparece la conocida foto del cacique del pueblo. Y el Charro Verde remata la canción y no deja terminar los aplausos del público cuando dispara su escopeta y la foto se astilla ante la perdigonada, y

luego se abre la chaqueta y lanza en una sucesión vertiginosa, casi imposible, una docena de cuchillos que siluetean el blanco, y luego revienta globos en el aire, destroza palillos con una Colt 45, dispara de espaldas y acierta en una pelota roja y lanza cuchillos de perfil y de frente y corta melones en dos y le quita el penacho a las piñas, y lanza hachas y finalmente, en medio de un redoble de tambores, saca de su pecho un cuchillo brillante, muy brillante y lo enseña a la multitud y lo enseña nuevamente y otra vez y se hace el silencio y lo lanza hacia el rostro en medio del blanco y el cuchillo repentinamente desaparece en el aire. Y todos entienden que ha ido a buscar un blanco más allá de lo visible.

Y entonces, se hace el silencio. Un enorme silencio.

Y la multitud observa las ventanas encendidas de la casa del cacique esperando una señal, y se escuchan carreras y gritos dentro de la casa. Y entonces José Daniel anuncia el último espectáculo del Gran Festival de Magia de La Sabana que ha sido filmado por un turista alemán en video y que gracias a eso será repetido días más tarde en los televisores de todo el mundo. Y dice simplemente:

—Ahora nos acompaña doña Irene.

Aparece caminando lentamente hacia el escenario una viejecita de rostro arrugado y lleno de pequeñas cicatrices de viruela, vestida con un mandil de cuadritos azules bastante sucio, peinada con una trenza donde los cabellos grises dominan a los negros. Una vieja que parece ciega, porque José Daniel baja del camión para tomarla de la mano y hacerla subir por una escalera, y la guía ante la foto en el blanco, que ella desprende, y la acompaña hasta el centro del escenario donde la viejecita saca un puñado de polvos del bolsillo y los arroja al suelo con furor y de

la nada surge una hoguera y allí la vieja rompe en cuatro la foto y la arroja a las llamas, que vorazmente la consumen.

Ahí terminará la cinta del turista alemán. Y luego los que contarán lo que pasó no se pondrán de acuerdo, y unos dirán que se hizo un gran silencio y la gente comenzó a irse del jardín y otros contarán que José Daniel Fierro, conocido novelista, se sacó el pito y orinó sobre las llamas y que siguiendo su ejemplo cientos de lugareños hicieron lo mismo, y que la meada múltiple no apagaba las llamas.

Pero esos serán rumores que se acoplarán al hecho cierto de que Ibarra ha muerto de un ataque cardíaco, según certificará el forense de Chilpancingo que vendrá a levantar los restos del cacique al día siguiente.

Más tarde, la multitud se disolverá en paz volviendo a reunirse ante el ayuntamiento, donde el presidente municipal dará el nombre de Doctor Galeana a la plaza y pedirá calma y organización, y los camiones del festival de ilusionismo quedarán estacionados frente al palacio y sus extraños ocupantes consumirán, junto con los vecinos, una gigantesca barbacoa de chivo con tortillas recién hechas y salsa de chile de árbol, que es famosa por esas tierras.

14. El fin de la historia

Te dormiste en la supercarretera mientras Güicho Hernández manejaba el Jeep, cinco horas de sueño profundo, sueño sin sueño, fondo del pozo, negritud sin arcoiris, un picor en la muñeca por culpa de los mosquitos, boca reseca. No más. Casi la nada.

En la Ciudad de México, nuevamente los periodistas.

—¿Es usted responsable de la muerte de Simeón Ibarra? Eso dice el gobernador de Guerrero.

—Ese gobernador no tiene ningún respeto por los festivales culturales. Eso fue lo que llevé a La Sabana. Yo siempre dije que eran unos incultos los gobernadores de Guerrero. Si sigue con declaraciones como éstas me veré obligado a organizarle un festival de magia frente a su palacio de gobierno en Chilpancingo, para que vea la inocencia del hecho.

—¿Usted cree en la magia? —Yo no, pero ellos sí—dices mintiendo, simulando apelar a los supuestos de la razón en territorios del horror, del odio y la venganza, y ahora que vengan por ti, la bola de culeros, que se pongan enfrente, y ahora que los asesinos chiflen en la loma, chinguen a su madre, se metan un palo en el fundillo, se cuelguen del pito a un árbol, rechinguen a su marrana abuela, se les caiga el culo de lepra, se envenenen tomando cervezas, se hundan en el verdadero fin de la historia.

Y logras ver el mundo, por primera vez, a todo color, en toda su miseria y su grandeza, a través de los ojos de un ciego...

Mi Amigo Moran

Paco Ignacio Taibo II

*Notas para una novela de canallas y villistas
escrita por Dash Hammett*

I

Hacía cuatro meses que no nos veíamos. En ese reencuentro, lleno de alcohol, como yo estaba, tuve la aguda percepción de que él podía representar una parte de mí. Lo cual después de todo es lógico, porque toda persona representa en cierta medida una parte de cualquier otra; sí no, ¿cómo podríamos entender a nuestros semejantes? Y toda persona siempre tiene un lado tan oscuro que ni en sus peores pesadillas se atreve a aceptar. Moran era mi sombra más oscura, mi demonio más fiel. Creo que él no lo sabía. Suele no darle excesiva importancia a los amores, admiraciones y odios que provoca.

Moran se dirigió a la ventana, la abrió de un golpe y acercó la llama del cerillo, casi en el momento en que le quemaba los dedos, a un habano. Pensé que si yo me aproximaba demasiado al muerto, toda la noche de martinis se me vendría afuera. No era cosa de vomitar enfrente de un muerto y menos

El mundo en los ojos de un ciego
ante un hombre torturado. No es un problema de respeto, sino de estética. Finalmente no me interesaba el muerto, sino Moran, quien retornó al lado del cadáver para insultarlo.

—Greaser, frijolito, charro apestoso, chilero.

El dentista era calvo, con un bigote espeso, de cerdas hirsutas: le salía una pelusilla de los oídos.

—¡Mierda mexicana! Cuéntame tu historia.

Sólo había una cosa que Moran odiaba más que a los mexicanos, incluso a los mexicanos muertos, y eso era a sí mismo.

A través de la ventana vi volar un par de gaviotas, se movían erráticamente, avanzando hacia el agua profunda. Quizás intentaban cruzar la bahía.

—Hey, Dash, deja de mirar a los pájaros. No te distraigas. ¿Tú crees que este tipo les habrá contado algo?

—¿Algo de qué?

—Si les habrá respondido lo que le preguntaban mientras le quemaban el pecho y le sacaban los dientes. Hay que tener paciencia para torturar —dijo Moran, y parecía que sabía de lo que hablaba.

—¿Cómo murió? —pregunté. Mí fuerte era la lógica.

—Le clavaron un estilete aquí —dijo Moran señalando un punto en la camisa.

—Entonces, sí habló. Dejaron de torturarlo porque ya sabían lo que querían.

—¿Ves?, por eso no les tengo respeto a los mexicanos. Son como los chinos y los negros, como los italianos. Se pasan el día enseñándote los dientes y luego los torturan un poco y hablan. Los judíos nunca hablan.

—¿Cómo lo sabes?

Moran no contestó. Yo fui a vomitar a la ventana.

II

Cuando ingresé como oficinista a la Pinkerton en 1915 mi jefe era James Wright, un personaje del que aprendí el oficio y el estilo. Hace un par de años alguien me dijo que se había fumado el cañón de una calibre 45 y se voló los sesos. Era un buen hombre. Suelen ser buenas personas aquellos que deciden irse así, suicidarse. Moran nunca lo haría.

Cuando me ascendieron de oficinista al trabajo de agente de campo, Wright me enseñó a rastrear a una persona. “Sólo la ansiedad te puede hacer perder a alguien”, me dijo una vez. Era verdad, puedes seguir a alguien durante meses sin que se dé cuenta. No hay que preocuparse de las caras; sus gestos, sus manías, son más fáciles de fijar en la memoria, es posible reconocer instantáneamente el tipo de ropa que usa, sus gestos habituales. Nunca perdí a nadie, aunque tengo que reconocer que en aquellos años a veces se me olvidaba por qué estaba rastreando.

Entré a la Pinkerton en 1913, la dejé en el 18 para ingresar al ejército y regresé en el año 20, porque no sabía hacer otra cosa y aún no había descubierto la literatura. Hice cosas de las que no me enorgullezco. También recibí una puñalada en la pierna. Es por eso que cuando escribo puedo decir que una herida de cuchillo, en el momento en que te lo clavan, no duele más de lo que dolería un golpe. La agencia me envió al oeste. Trabajé en la oficina de Spokane. Atrapé a un falsificador en Pasco, Washington; me negué a aceptar una tajada en una operación de narcóticos de un pusker en San Diego, detuve a un cristalero de joyerías en Stockton; estudié la falsificación de huellas digitales con la policía local. Terminé en un hospital con los pulmones destruidos.

Fue en esos años que conocí a Moran. Así, simplemente, Moran. ¿Era un nombre o un apellido? Contrataron a la agencia para romper una huelga en el 17 y la agencia mandó a la peor escoria que tenía: entre otros miserables, a mí, que entonces sufría las secuelas de una maligna gonorrea y los días y las noches se me empalmaban, y a Moran. Un día apareció por una pensión de mala muerte y me dijo que a él le tocaría la cama del lado de la ventana. La agencia ahorrraba en los cuartos y a veces teníamos que compartirlos dos o tres detectives. Moran tenía la mala costumbre de limpiarse las uñas con una navaja de monte española. Decía que era hijo de un pastor protestante que se gastaba el dinero de las colectas entre sus «hijos pobres» y no entre los simplemente pobres. Era extremadamente delgado, de rasgos finos; algunas mujeres lo encontraban interesante. Tenía la mirada vidriosa, con ojos de un lustre velado; una mirada de niño tonto y maligno. Siempre parecía estar pensando en otra cosa, de repente se iluminaba y sonreía. No era su única peculiaridad, se había dejado crecer las uñas muy largas y eran durísimas; peleaba con los dedos tiesos; su entretenimiento favorito era ir a los outskirts a buscar bronca, o a que se la buscaran. Decía que una vez, después de darle una paliza a un tipo, lo desnudó y lo tiró al río; y mostraba un ajado capote de marinero como prueba.

Al principio cometí el error de creer que estaba baladronando. Cometí también el error de observarlo, de estudiarlo. El pensó que yo lo admiraba. Grave error.

Años más tarde, lo encontré en Los Ángeles. Trabajamos juntos en la triste historia de la fiesta de Fatty Arbuckle. No parecía asustarse de la mujer muerta con la botella incrustada en el sexo. Decía que él lo hacía mejor que los actores de Holly-

wood (así, los actores, en general, con tono de odio seco, frío). Moran vivía con siete mujeres, filipinas, que tenían puestecitos en el mercado de las ostras. Durante una vigilancia desde un Oldsmobile, en las afueras de una casa enrejada con un enorme jardín, leía revistas pornográficas alemanas. De cualquier manera yo no era el adecuado para hablar de sexo. El mío era un desastre y siempre fui algo Victoriano en estas historias que entiendo como privadas.

Lo volví a encontrar en San Francisco hacía unos meses. Estaba bebiendo en un bar y de repente, para aterrorizar a los clientes, se tomó a escondidas un puñado de bicarbonato y comenzó a echar espuma por la boca.

—Dash, llegas en un momento inoportuno —me dijo espumeando. Sé que ahora escribes libros. No debe de leerlos nadie.

Pude haberme ido y sin embargo me quedé observándolo. Sé que la claridad es la primera y principal virtud literaria. La frase innecesariamente complicada, la imagen ensombrecida, no son literarias, son antiliterarias; pero ¿cómo atacar con la simpleza a Moran? Para eso lo quería, me interesaba como personaje, o reconocía en él a mi monstruo, a mi némesis. Recuerdo haberme dicho en aquellos días que nadie me publicaría jamás una novela con Moran como personaje. Un hombre que una vez me obligó a sacar un revólver y ponérselo en la frente para evitar que siguiera vapuleando a una anciana.

III

La Pinkerton fue la cocina donde se elaboraron los monstruos. Es también la historia de cómo un hombre puede volverse lo contrario de lo que fue. Allan Pinkerton tuvo que huir de

Escocia en 1842 porque era cartista y combatía a la Revolución Industrial. Ya en América, accidentalmente se vio envuelto en el descubrimiento de una banda de falsificadores en el 47, lo que impresionó a algunos de sus vecinos que lo eligieron para hacer de detective en casos así; tras un segundo éxito fue nombrado asistente del sheriff del condado de Kane. En su época dorada se vio envuelto en actividades antiesclavistas y ayudó a esclavos negros a fugarse a Canadá. Agente especial de la oficina de correos de Chicago descubrió un gran robo postal. Debe de habersele subido a la cabeza, porque lo siguiente que hizo fue fundar la North West Police Company con dinero de seis compañías ferroviarias y dedicarse a espiar a los trabajadores “para impedir robos”. Mientras su negocio en conexión con las compañías ferroviarias se desarrollaba rápidamente, Pinkerton comenzó a organizar la inteligencia del ejército de la Unión, estuvo muy activo revelando casos de corrupción en los abastecimientos del ejército e incluso en el 61 participó del descubrimiento de un complot para matar a Lincoln. Al final de la guerra las actividades de la agencia se expandieron y creó oficinas en Filadelfia y Nueva York.

Después de la guerra comienza su historia negra. Se dijo que había estado muy activo el primero de mayo en la provocación de los incidentes de Haymarket, y en el 88 sus agentes operaron como rompehuelgas de la Burlington Railroad. Para entonces el viejo había muerto y su hijo Robert se había hecho cargo de la empresa.

Allan Pinkerton tuvo en su día un rostro avieso, repleto de carácter. Sin bigote, la barba le nacía del labio inferior para desperdigarse en una canosa selva menor; calva amplia, nariz ancha que abría una estructura triangular que se prolongaba en

la boca. Muy diferente de su otro hijo, William, cuyo rostro de cerdito presidía en un retrato la oficina central de Oakland en los años en que yo fui su empleado, por lo menos hasta 1923, cuando murió de un ataque cardíaco en Los Ángeles. Días antes de morir había condenado las películas que glorificaban al criminal normal. Supongo que por indefinición había dejado fuera a los criminales “anormales”, los que fundaban bancos, dirigían los estudios de cine o rompían huelgas.

IV

No volví a ver a Moran después de mi retiro salvo aquella vez de la espuma en la boca, que acabó mal para ambos. Recuerdo que le rompí en la cabeza una maceta de flores y él me arrojó a una fuente donde casi me ahogué. No recuerdo más. A pesar de los golpes, debe de haberme tratado con compasión, no con cariño; no era capaz de tal cosa.

Por eso me sorprendió cuando a lo lejos lo vi haciendo gestos desde la barra del bar del Biltmore hacia abril del 26. Yo estaba estudiando la indumentaria de un capitán de barco, la manera como usaba la pipa para definir un tema, para insistir y enfatizar. Estaba a punto de caer al suelo, borracho, siguiendo las oscilaciones de la pipa, pero Moran me llamaba, y yo suelo acudir, aunque siempre con retraso, a las citas con el destino.

—Dash, tengo un muerto, ¿quieres verlo? Es un muerto raro, te gustará.

Debo de haber dicho que sí.

Eso me llevó hasta el dentista mexicano, en aquella casa ruinoso en Oakland, al otro lado de la bahía. No tuve oportunidad de preguntarme qué estaba haciendo Moran en un asesinato, la Pinkerton no era la policía. ¿Seguía Moran en la agencia

o se había pasado a la oficina del sheriff? ¿Por qué no había nadie en la puerta de la casa, ningún poli de a pie despistado cuidando la escena del crimen?

Me preguntaba esas cosas mientras trataba de comer ostras al día siguiente cuando apareció Moran. Traía la corbata torcida y los ojos inyectados de sangre, un desgarrón en una chaqueta de pana color verde sucio.

—Dash, ¿qué sabes de Pancho Villa?

—Todo —le dije, y era casi cierto.

V

Parral, aquel 7 de febrero de 1926.

Lo más difícil había sido abrirse paso entre los mirones. Moran hubiera dicho que era una de las peores costumbres de los mexicanos, ponerse a mirar donde no deben. Por eso hubo tantos muertos en la Revolución. Un 50 por ciento de combatientes y otro 50 de mirones que se colocaron enfrente de la bala que no les tocaba, la mala, la que no era para ellos. Alguien me dijo en Chihuahua días antes que cuando los combates de Ciudad Juárez, casa a casa, puerta a puerta, cuando caía un muerto con una bala que limpiamente le había perforado la frente, le decían: “Por andar mirando, güey”.

El cementerio de Parral no es gran cosa, y entre los mirones, el viento y la resequedad de esas ingratas tierras, un polvillo terroso se alzaba y flotaba en el aire haciendo estornudar a los que no estábamos acostumbrados.

Siguiendo a los curiosos, que habían tenido el día anterior para hacer sus primeras pesquisas y eran expertos en violaciones de tumbas y cortadas de cabezas, me acerqué a la barda sur del cementerio. Por ahí se decía que habían entrado, aún se veían las

huellas, una pila de agua para los caballos destruida por andarse trepando en ella, huellas de botas y... Me acerqué despacio. Botas y huaraches. Pero vaya usted a saber si pertenecían a los profanadores de la tumba de Pancho Villa o al fotógrafo de un diario mexicano. A mi lado, con espíritu de ciencia infusa, dos albañiles estudiaban la barda rota; de su conversación se deducía que los que brincaron la barda, los que la rompieron, eran grandes, pesados, pues.

La verdad es que el asunto había armado revuelo. No sólo estaban allí los mirones amateurs, también los profesionales de la temible policía reservada mexicana, de la comandancia militar, los periodistas...

Frente a la fosa abierta alguien explicaba que habían encontrado a primeras horas de la mañana de ayer una botella tequilerera con un líquido, “formol” dijo uno de los mirones, y un algodón con manchas de sangre, “de uno de los pinches profanadores que se había cortado”, intervino el mirón que sabía todo, ante el desagrado del mirón narrador al que le estaba estropeando la historia.

La ciudad estaba llena de villistas irritados, que mostraban bien a las claras sus rifles y sus pistolas mientras pasaban a caballo aparentemente sin rumbo ni sentido. Querían descuartizar a los que habían entrado al cementerio, profanado la tumba y robado la cabeza de su jefe histórico, de su compadre, Pancho Villa. Y paseaban fieros exdorados y combatientes de la brigada Bracamonte o la brigada Ortega de la División del Norte, que cuando el villismo se rindió en 1920, se habían reacomodado en el ejército federal. Era mucha la ofensa, mucho el agravio.

No era buena cosa ser norteamericano esos días en Parral. Yo me movía con cautela y actuaba como periodista. Nadie pregunta a quien te pregunta y luego toma notas. Horas antes ha-

bían detenido a un gringo llamado Emilio Holmdahl y al mexicano que lo acompañaba, de nombre Alberto Corral. El gringo decía que todo era un error. La multitud trató de lincharlo porque le encontraron un líquido en el coche y se lo tuvo que beber para demostrar que no era nada raro. Se trataba de agua destilada.

—¡Bébetelo!, hijo de la tiznada, si no mata, ¡bébelo!

¿Quién podía tener interés en robar la cabeza del general? ¿Era un acto de afrenta? ¿Era algo más? Yo vagaba por Parral como otro hombre sin cabeza. Apunté cuidadosamente: “Fosa 6532. Novena sección”. Esa noche en el Hotel de los Reyes me contaron que a los niños de Parral les narraban que al atardecer bajaba una carroza de fantasmas a saquear el cementerio.

Yo debería viajar en esa carroza. ¿Qué había ido a hacer a México?

Nunca lo supe.

Al día siguiente regresé a San Francisco. Lo único que tenía claro es que ese material que había reunido sobre Villa tendría que quedarse guardado en algún lado. Escribiría un cuento, sin embargo, sobre la violencia en los Estados Unidos. Una violencia menos primitiva, pero más miserable, la violencia originada en la avaricia.

VI

Cuando le dije que de Villa lo sabía todo, Moran me regaló dos botellas de ginebra holandesa metidas en una bolsa de paja. Luego me preguntó:

—Dash, ¿crees en Dios?

—Mientras no reconsideren la posibilidad de fumar dentro de las iglesias, seguiré siendo ateo.

Se quedó pensando en la respuesta. Me tocaba mi turno de preguntar:

—¿Qué estabas haciendo en la oficina del dentista?
¿Para quién trabajas ahora? ¿Qué tiene que ver Pancho Villa con esto?

Eran demasiadas preguntas para Moran. Se dedicó a dar vueltas en torno a la mesa solitaria en las afueras del restaurante donde yo estaba comiendo. Era un día soleado pero frío, el mar estaba revuelto. Nadie comería fuera, pero yo apreciaba la soledad enormemente después de escribir las reseñas publicitarias que estaba haciendo para poder vivir. Sentía además que el mal retornaba. Una tos seca me había estado acompañando las últimas semanas.

—El muerto había sido dentista de Pancho Villa allá en México. Tenía un consultorio en Chihuahua en la época de la Revolución.

Villa no me parecía un tipo que dedicara demasiado tiempo a los dentistas; aun así acepté la conexión.

—¿Y tú?

—Trabajo para un particular. Me encargó que vigilara al viejo. Y al primer día me lo matan. Un desastre, Dash.

Debe de haberse dado cuenta de cómo yo arqueaba las cejas. Siguió rondando en torno a mi plato.

—Cuéntame del asaltante ése, del bandolero ése de los greasers, del Villa. Necesito saber algo más.

Era más fácil responderle. Después de todo me había regalado dos botellas de ginebra. Y le conté de uno de los vecinos menos queridos por los norteamericanos, aun después de muerto. El único general, al que los historiadores de Nueva York insistían en llamar “bandolero”, que había invadido los Estados Unidos. Aunque la invasión era el pomposo nombre que se le daba a la “ofensa” de haber saqueado el pueblo fronterizo de

Columbus en venganza porque nuestro gobierno le seguía dando armas y parque a los gobiernos de la contrarrevolución en México.

—Villa es un hombre que aún asusta —decidí darle a Moran una dosis de filosofía política. —Todavía produce miedo. Y es que en las revoluciones las justicias son ciegas, y a menudo bastante bárbaras, brutas, yo diría; pero no por eso dejan de ser justicia... Se alzó desde los primeros días, aprovechando su experiencia de bandolero. Por ahí hay una historia romántica de que se hizo asaltante de caminos para vengar la violación de su hermana a manos de un hacendado. Él fue uno de los que ganaron la famosa batalla de Ciudad Juárez cuando acabaron con Porfirio Díaz.

—¿Qué más sabes?

—Que aunque digan lo que digan no bebía. Es más, cuando tomó Ciudad Juárez destruyó todo lo que se podía beber y bien sabe el dios de los ateos que se podía beber mucho en Juárez. ¡Qué desperdicio!: por la calle tiradas las barricas de pulque, las garrafas de tequila, los vidrios verdes rezumando mezcal. Dolor de Baco.

—¿Quién era Baco?

—Uno de los lugartenientes de Villa.

—¿Y luego?

—Tenía un chaleco color café, un chaleco de lana cruda, que lo hacía parecer muy cuadrado y a veces usaba un Stetson. Me mostraron varios verdaderos Stetson de Villa... ¿De dónde sacó Villa un Salacot de corcho barnizado de blanco? Estaba azorado por la modernidad, es sorprendente que un arriero amara tanto las máquinas de escribir que no sabía usar, y cuando se retiró en 1920, antes de que lo asesinaran, compró para su rancho seis máquinas de coser y tres motocicletas Indian.

—¿Lo mataron?

—Lo mataron en 1923, en Parral, en una emboscada, cuando iba a visitar a una mujer o a un amigo. Nunca se supo quién dio la orden. Le acribillaron el automóvil, un Dodge Brothers.

—¿Y el dinero?

—¿Qué dinero?

—El que tenía.

—Se lo debería de haber gastado en hacer revoluciones, en comprar municiones y máquinas de coser.

—No, lo del Banco Minero, los “guardados” de Villa.

Lo miré atentamente. Cualquiera que haya vagado por Chihuahua conoce los rumores. Para no saber quién era Villa, mucho sabía Moran. Por las manos de Villa pasaron millones de dólares, pero no fueron para su bolsillo. Los gastaba como le llegaban en armar esa maquinaria de guerra popular que fue la División del Norte, y sin embargo el dinero del Banco Minero, y los asaltos a los ricos de Torreón...

—Si está usted dispuesto a oír rumores, le cuento uno: Villa tenía la costumbre de dejar tras de sí pequeñas fortunas, que luego iba sacando cuando las necesitaba para la guerrilla. Las llamaban los “guardados”. Un día salía del campamento con las alforjas llenas y regresaba con ellas vacías. Otras veces era al revés y regresaba con dinero para comprar armas, caballos o forraje. Sobre todo cuando lo andaba persiguiendo Pershing por el sur.

Miré de nuevo a Moran. Había mentido. Sabía de Villa mucho más de lo que contaba. Aun así decidí seguir con la conversación como iba.

—Eso de los tesoros es el rumor que queda después de la muerte. Cuando estuve en Chihuahua me dieron informaciones

precisas, documentadas y avaladas por serios testigos de al menos once “guardados”, en lugares que van desde Durango hasta Chihuahua capital, desde la sierra Tarahumara al desierto de Sonora. Y ofrecían el mapa.

—Villa nunca hubiera dejado un mapa —dijo Moran muy serio. Los ojos opacos. Me miraba y no me veía.

—Eso me decía yo. Charlas de cantina. Los informantes más serios andaban diciendo que sólo quedaban dos “guardaditos” sin desenterrar. Lamentablemente nunca se ponían de acuerdo en cuáles.

Y yo recordaba las conversaciones, las confidencias al gringo simpático que pagaba una cerveza, los nombres extraños donde estaban los fabulosos tesoros: la Sierra del Perico, cerca de la Presa de San Marcos por el rumbo de las Cumbres de Majalca, la Laguna de Trincheras en el Cañón de Santa Clara en Chihuahua... Y el hombre que me contaba decía que nada de eso, que después de las negociaciones que Villa tuvo en 1920 en Sabinas para su rendición, anduvo dando vueltas en solitario por Coahuila sin que supieran dónde andaba. Durante una semana anduvo perdido y se desplegaron los rumores, luego apareció en San Pedro de las Colonias y dijo que había estado reuniendo guerrilleros, que los tenía perdidos.

Ahora Moran era el que estaba perdido, pero en otras brumas, en otra historia. Aproveché para rematarlo:

—No me digas que andas buscando tesoros, Moran.

VII

No sé por qué todo el mundo piensa que los que escriben historias están ansiosos por escuchar las historias de otros para escribirlas. El caso es que hombres y mujeres aparentemente

normales te persiguen para contarte las cosas que ellos deberían escribir si tuvieran paciencia y un lápiz. A la joyería de Samuels, donde yo trabajaba, llegaron por lo menos un par de informadores voluntarios a contarme que un personaje que por su descripción no podía ser otro que Moran, había baleado a un perro negro en la calle Baker a media mañana. El tamaño y la raza del perro variaban según los informantes.

Horas más tarde se presentó el propio Moran.

—Dash, ¿has oído hablar de Raúl Rivera?

Había visto muchas fotos de Raúl antes de conocerlo. Eran fotos extrañas tomadas en los días de la campaña revolucionaria en México, donde siempre parecía tener más frío que los demás; en el desierto llevaba sobre el traje un sarape de Saltillo, y bajo él, apenas encubierta, una bufanda. Era el humanista en medio de la locura justiciera y bárbara del villismo. Llevaba exiliado en San Francisco un par de años después de una de las revoluciones mexicanas que fracasaron tras la muerte de Villa. Solíamos jugar póquer y hablar de literatura. Era dueño de una tienda de instrumentos musicales. Se había graduado en letras en la Universidad de Madrid antes de especializarse en cargas de caballería. Cuando le pregunté por qué siempre estaba abrigado en las fotos me dijo que después de la muerte de Villa siempre tenía frío, pero las fotos eran de antes.

—Moran, aléjate de Rivera, no sólo es amigo mío, también maneja la navaja mejor que tú... Ahora, que si no me haces caso, pregúntale sobre qué tema hizo su tesis universitaria; nunca me he acordado de preguntárselo.

—No soy yo. Está en el sanatorio del condado. Con un tiro en el pecho... Le disparó el dueño del perro —dijo como disculpándose.

VIII

La tesis había sido sobre la poesía de Lord Byron. La herida no era en el pecho sino un tiro a sedal rozando el cuero cabelludo que le había hecho sangrar aparatosamente y ahora, con siete puntos, le dejaba una nueva raya para peinarse. Y no sabía nada del perro, ni de Moran, ni de los autores del atentado; aunque recordaba el nombre de un dentista en Chihuahua que había atendido a Villa.

Raúl tenía una mirada plácida y dos hijos gemelos, sin madre visible, de unos doce años, que me miraban con desconfianza mientras leían las caricaturas de un periódico compartido. Me contó sobre el dentista.

—Era un cuate bien raro, lo llamaban Lucrecia, o se llamaba, vaya usted a saber. Villa era muy suyo, dejaba que un dentista maricón le metiera mano en la boca. Creo que vive por acá. Este país tuyo se está llenando de mexicanos, Hammett, vas a tener que empezar a escribir cuentos con personajes que coman tacos y tengan en sus cuartos fotos de Zapata y estampitas de la Virgen de Guadalupe. Se te acabaron los chinos... ¿Y qué pues con el dentista?

—Creo que es cadáver. Hace una semana lo mataron.

Lo había ido a visitar a la hora del lunch con la secreta esperanza de que Moran no tuviera nada que ver con Raúl y, tarde o temprano, tendría que reconocerlo; fui porque quería saber más de la historia. Pero si Moran sólo contaba lo que le daba la gana y ponía cara de anciano senil en el paraíso de los inocentes si trataba de sacarle algo, Raúl no le iba a la zaga en eso de disimular. Muchos muertos en los armarios tenían ambos.

—¿Y a ti quién podría querer matarte?

—Seguro que se equivocaron —dijo sonriendo.

IX

Durante un par de meses Moran y sus absurdas visitas desaparecieron de mi vida. Probablemente fuera culpa mía, o de mis inusuales circunstancias. El 24 de mayo nació mi segunda hija, Jo, y pensaba en dedicarme a ganar un poco de dinero; de manera que pasaba los días en la tienda escribiendo panfletos publicitarios, y las noches en casa, contemplando al rosado nuevo personaje y a su hermana Mary Jane, y pensando en responsabilidades, cuando un día en la joyería de Samuels, a mediados de julio, un terrible ataque de tos me provocó un desvanecimiento. Me encontraron horas más tarde a punto de ahogarme en un vómito de mi propia sangre.

Los médicos describieron el asunto, nuevamente, como una tuberculosis avanzada, recomendaron reposo y me obligaron a cambiar de casa para evitar que contagiara a las pequeñas. Fui a dar a un cuartucho miserable en el 290 de Monroe Street, obligado a los fármacos y a pasar horas en la cama. Apretados de dinero, obligado a escribir, víctima de la apatía, peleando con el comité de veteranos para arrancarles un apoyo que nunca llegaba, fueron semanas terribles.

Durante esos días, sin embargo, me visitó el fantasma de Villa en sueños. En los diarios se decía que la cabeza se había exhibido en el circo Ringling Brothers y que se cobraban veinticinco centavos. No resultó cierto. También en un periódico de Hearst salió una nota comentando que la cabeza había sido mostrada a un grupo selecto de sponsors en el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York y que luego la retiraron dejando un letrero que decía que la habían vendido por sesenta mil dólares. El director del Museo desmintió la información un par de días más tarde.

X

Había ido a México a principio del año para buscar el fantasma de Pancho Villa y terminé encontrándome con el robo de su cabeza. Había cruzado la frontera hacia el sur fundamentalmente porque no podía soportarme a mí mismo. Y cuando eso sucede, lo mejor es cambiar el ambiente, la marca de lo que fumas, la sazón de las comidas y alejarte de los amigos y de tu mujer y tu hija, a riesgo de perderlas si las sigues frecuentando. Eso y que alguien me había contado un cuento de un joven periodista mexicano apellidado Muñoz, donde describía la cárcel de Villa Ahumada, en la entrada del desierto chihuahuense, como la mejor cárcel del mundo, porque había un letrero en la puerta que decía: «Jijo del maíz el que se fugue», que los reclusos respetaban escrupulosamente. El que me contó el cuento del mexicano describía con precisión la prisión y el pueblo: un corralón con una barda de adobes, un cobertizo de lámina. La ciudad estaba formada por unas cuantas casuchas, con una sola calle, muy ancha, en cuyo centro estaban las oficinas del ferrocarril y al lado el correo, el tanque de agua, los corrales. Las locomotoras tenían que tomar ahí el líquido para cruzar el desierto. Me contó que en la ciudad había una sola casa de dos pisos, era una cantina, burdel incluido. Sugirió que si pasaba por allí preguntara por una mujer de nombre sospechoso en mis condiciones: Alma.

Pero lo mejor de toda la historia es que la cárcel hermética había sido violentada una vez. Después de muchos años de récord imbatido de seguridad, fueron villistas los que organizaron una fuga. Pensé que a lo mejor descubría algo de mí mismo en esa cárcel donde un insulto y el desierto impedían las fugas. Sin embargo, por una coincidencia más, una de las pocas que se

han producido en mi vida, donde lo habitual son las descoincidencias, sólo llegué hasta el cementerio de Parral. Nunca conocí a Alma ni visité Villa Ahumada.

En el camino conocí a villistas flacos, entecos, escurridos de tanto sol y hambre, de esos que comían como locos y no engordaban un gramo, porque todo se les iba en recuperar el hambre que el pasado les debía, y a villistas de culo gordo, de tantas horas de andar a caballo.

De aquel viaje conservo un cuaderno de notas, que reapareció en un portafolio cuando me mudé a la calle Monroe y que me acompañó cuando la fiebre me asaltaba en las noches y sentía que la tos me ahogaba. Casi siempre se trataba de pequeñas órdenes que dejaba para cumplirlas en el futuro:

Hice una nota sobre los trenes porque alguien me contó que en los ferrocarriles villistas, los caballos eran los únicos que viajaban cómodamente, los demás en el techo; incluso había jóvenes que colgaban sus hamacas entre las ruedas y que viajaban lamiendo las vías y el polvo. En el techo había cocinas y mujeres haciendo tortillas en latas de aceite. Los trenes estaban despedazados, llenos de agujeros de bala y obús, quemados en muchas esquinas, oliendo a estiércol y a orines, con toda la tierra suelta de los desiertos de Chihuahua, huellas de sangre y lodo.

Los caballos viajaban felices. Subían a gusto a los vagones cuando les tendían las pasarelas y bajaban a disgusto y con jinete arriba cuando había choques sorpresivos.

En el 26 viajé por Chihuahua en un tren que conservaba las huellas de la última revolución. No llevábamos caballos. Al revisor de los boletos le faltaba una pierna.

Hice una nota sobre la invisibilidad de Villa. Un jefe militar le pasó este material a Carranza: «Tengo el honor de ma-

nifestar a usted que, según todos los informes que he recabado y que considero completamente verídicos, Villa se encuentra ahora mismo en todas partes y en ninguna».

De Villa se contaban horrores comprobables y multitud de calumnias: que había matado a una mujer de ochenta años, que robaba a los miserables. Se lo comenté a otra mujer de ochenta años en la ciudad de Ojinaga. Se ofendió profundamente.

Villa tenía un coronel que ya estaba muerto. Todo empezó en la batalla de Paredón cuando al coronel André U. Vargas le mataron el caballo de un tiro en la frente. En el ataque de los federales sobre las lomas que están al sur de la vía que va de Saucedo a Paredón lo agarraron con fuego cruzado y como iba galopando, salió volando por arriba del caballo reventándose la cara. Le dieron otro caballo y en cuanto lo montó se lo mataron de nuevo y fue a dar de vuelta al suelo. El coronel Vargas se encontraba verdaderamente irritado, “encabronado”, me dijeron mis testigos, y entonces una bala enemiga le rozó la frente. Cuando se estaba secando la sangre nueva, porque la otra ya estaba seca en un rostro de Cristo torturado, a su asistente, que le estaba prometiendo conseguirle un nuevo caballo, le acertó una bala y quedó muerto en el acto desplomándose a sus pies. Ese mismo día, y como si fuera poco, otro asistente, Juan B. Muñoz, se cruzó frente a él y recibió en el brazo izquierdo un tiro que no le estaba destinado.

Desde entonces nadie quería comer con él, ni cabalgar a su lado, ni tender las mantas en el suelo cerca de él y de la hoguera. Se vio obligado a andar de solitario. En broma le decían el Difunto. Y así le siguieron diciendo hasta que lo mataron de verdad.

Cuando Pancho Villa se retiró a la Hacienda de Canutillo, tras haberse rendido al gobierno provisional de Adolfo de la Huerta en 1920, hizo las siguientes cosas:

1. Llevó a la hacienda a un buen número de huérfanos que había recogido a su paso años antes por la Ciudad de México.

2. Invitó a la hacienda a un montón de sus compadres, dorados jubilados, para que allí cultivaran la tierra con él. Los dorados no abandonaron sus revólveres ni sus Winchester, por si acaso.

3. Invitó a cinco de sus exmujeres y a sus dos mujeres, o algo así, a que vinieran a vivir a la hacienda. La mayoría aceptó. En esos momentos su estatus matrimonial era imposible de aclarar, porque estaba casado por lo civil con trece mujeres, por la iglesia con once, por lo civil y por la Iglesia con siete, e incluso estaba casado con una dos veces.

4. Recogió a una docena de hijos que tenía dispersos por aquí y por allá y los trajo a vivir a la hacienda.

5. Fundó una escuela y la llamó Felipe Ángeles. La escuela fue una de las mejores de la región, con maestros que ganaban más que coroneles.

6. Se entrevistó con un vendedor de motocicletas Indian, con un vendedor norteamericano de máquinas de coser, con un vendedor inglés de tractores, con alguien de Hollywood que quería permiso para filmar sus memorias.

Nunca podremos saber qué podía haber hecho con todo esto, porque poco después lo asesinaron de mala manera.

Conocí al griego Kariacópulos en su cantina en El Paso. Es el inicio de toda peregrinación villista. Su compadre y su contrabandista de armas favorito. Él fue el que me hizo la pregunta

clave que separa la historia de las leyendas y que sin embargo les permite vivir juntas:

—A ver, gringo: ¿qué iban cantando los Dorados cuando la carga de caballería durante la batalla de Torreón?

Y me miró risueño, para luego contestar:

—Nada. ¿Cómo iban a estar cantando si traían la rienda entre los dientes para poder usar las dos pistolas al mismo tiempo?

Y luego contó la historia:

—En esa carga, gringo, entre la primera y la segunda línea de trincheras apareció una mujer gritando leperadas y desnuda. Fea, ella, loca, sin duda, y los villistas le tiraban monedas de veinte centavos de plata, casi sin frenar la cabalgadura, que pesaban 0.8kg, con el gorro frigio de un lado irradiando y el águila y el nopal del otro y le aventaban centavos y le aventaban besos entre las bocas arriendadas, porque total, si se va a morir, ¿para qué carajo quieres traer dinero en la bolsa?

En la calle Monroe, tan lejos de Torreón, escucho pasar a las doce de la noche el último tranvía y pienso qué podría yo hacer con este personaje, en un país que nunca lo entenderá, que nunca querrá entenderlo. Y doy vueltas al cuaderno y de vez en cuando pienso en Moran, en Raúl y en el perro negro. A veces pienso en el dentista muerto.

XI

Un niño me entregó una nota mientras estaba trabajando en la Biblioteca Pública. Eran cerca de las nueve de la noche y mis únicos compañeros eran un par de estudiantes que preparaban un examen y dos o tres vagos que dormitaban sobre un libro. Antes de mirar la nota, registré que casi siempre los que venían a dormir a la biblioteca elegían como almohada La Iliada y La Odisea.

La nota decía: “Este niño te traerá conmigo. Tienes que verlo, Dash” y firmaba, claro está: Moran, ¿Cómo me había encontrado en la biblioteca y qué es lo que tenía que ver? Me calé el sombrero, llevé instintivamente las manos al pantalón para revisar si estaba ahí mi revólver (las noches en Frisco no son lo que eran antes) y me deslicé tras el niño.

A mi guía parecía importarle un bledo su cometido porque me llevó dando vueltas erráticas por la ciudad hasta la estación de bomberos. Recorrimos el patio de entrada justo en el momento en que salía una motobomba haciendo ulular la sirena. El niño me llevó hasta una oficina que tenía pintado en el cristal “Siniestros”, abrió la puerta sonriendo, una doble hilera de dientes brillantes en un rostro negro como el carbón, y desapareció.

La oficina estaba vacía. Opté por sentarme y contemplar las fotografías en las paredes: casas destruidas por trombas, viejas imágenes del terremoto, inundaciones: todas las venganzas naturales contra los efímeros intentos del hombre para asentarse en la tierra. Un panorama desalentador. La puerta se abrió. Pero no fue Moran el que entró por ella.

—Señor Hammett, tengo entendido que usted es amigo de Moran.

—Moran no tiene amigos. No creo que haya tenido un amigo en toda su vida —le dije al hombre calvo.

Me miró fijamente un rato. Estaba vestido totalmente de negro, incluso con un pañuelo negro de seda doblado cuidadosamente, que asomaba en el bolsillo del chaleco; y era totalmente calvo, de esas calvicies brillantes, de bola de billar, que relucen bajo la luz.

—¿Qué sabe usted de Pancho Villa?

—Nada. Era un poeta español, ¿no?

El hombre calvo sonrió. Tenía una sonrisa desagradable, que se disolvía a fracciones de segundo de haberse iniciado dejando un rictus.

—¿Por qué acudió a la invitación de Moran que le mandamos?

—Soy un hombre curioso, extremadamente curioso. Tiene que ver con mis aficiones literarias.

—Señor Hammett, espero que tenga buena memoria.

—No tanta como el secretario de un juzgado que conocí en México, que hacía como que escribía cuando le presentaban declaración, pero no sabía escribir; de manera que se veía obligado a guardarlo todo en la memoria, para luego contárselo a una secretaria que reconstruía penosamente el atestado. Era un prodigio de profesionalidad.

—Dígale a Moran, si de casualidad lo tropieza, que queremos la cabeza.

—¿La de quién? ¿Y quiénes son los que “queremos”?

—Él entenderá las dos cosas. Dígale que se ha metido en el infierno.

—No creo que sea algo que asuste a Moran, suele besar-se con el diablo.

—Ése es realmente el problema —dijo el hombre calvo saliendo de la habitación.

Tenía ganas de fumar, y quizá por eso, la tos me vino desde adentro, ronca, áspera. Traté de sacar un pañuelo. Por pudor, los tuberculosos escondemos nuestra sangre. Fue entonces cuando Moran salió de un armario y me ofreció una servilleta. Probablemente se la había robado de un café.

—¿Qué tipo, el calvo! Es maravilloso, ¿verdad?

—Creo que... además de matarte, quieren que les devuelvas la cabeza de Villa —dije tratando de recuperar el resuello.

Moran miró hacia el techo y se quedó perdido.

—No la tengo —dijo después de un rato. —Se la llevó el hombre del perro.

—¿Quiénes son ellos?

—¿El calvo y sus amigos?

Asentí. Moran volvió a perderse en quién sabe qué cavilaciones.

—Los Barones, ellos se llaman así.

—Para ser una república hay muchos nostálgicos de la monarquía.

—Fue en México —dijo Moran como disculpándolos. —Eran banqueros y hacendados en México. Son ricos. Fueron ricos, serán millonarios ahora.

—Bien Moran, tienes dos posibilidades, o me cuentas la historia o dejas de meterme en ella.

Moran pareció no darse por aludido, estaba contemplando las fotos de desastres que nos rodeaban con verdadera fascinación. Para huir de la tentación de fumar giré la vista hacia la ventana dándole la espalda. Un nuevo camión de bomberos salió, esta vez sin las sirenas abiertas, del patio central.

—Te cuento una versión: los Barones se robaron la cabeza de Villa. Tú trabajabas para ellos, por eso fuiste a ver al dentista. ¿Qué tiene que ver el dentista con esto? ¿Sirve la cabeza para saber dónde están los entierros de dinero de Villa? ¿Van a cambiarle a alguien esa información por la cabeza?

Giré en la silla para recibir respuestas. Moran ya no estaba allí.

XII

Raúl había salido del hospital y estaba de nuevo al frente de su tienda de instrumentos musicales. Un Stetson de alas muy anchas cubría la cabeza vendada.

Me llevó a la trastienda y a lo largo de toda la conversación jugaba con una mandolina. No sé por qué me quedó la sensación de que lo hacía de la misma manera que cuando revisaba una Colt o una Remington.

—Puedo hacerte un favor, Hammett, y decirte que nunca he oído hablar de los Barones. De cualquier manera nunca vas a poder escribir esta historia. Es una historia para mexicanos. ¿A quién chingaos le interesa mi general Villa y su cabeza?

Decía «mi general», como todos los mexicanos a los que había oído hablar de Pancho Villa en Chihuahua, y luego miraba al suelo. Con la muerte de Villa algo se había perdido en estos hombres. Desde luego no eran sus rabias y su violencia.

—¿Y tú qué pintas en esta historia?

—Yo soy un exilado aquí. Tengo una historia y un pasado, amigo; eso nadie me lo quita. Quiero que la cabeza vuelva al cementerio de Parral, que no anden jugando con ella... Hammett, ¿quieres comprar una guitarra?

XIII

Llegó el invierno. —Siempre llega el invierno. Y contra lo que era de suponerse la tuberculosis cedió y pude regresar a vivir con Jo y las niñas. Seguí escribiendo y de vez en cuando me publicaban un cuento en Black Mask o en Smart Set. Eran historias que tenían remota relación con mi pasado, no siempre tenían final feliz.

Sabía que tarde o temprano Moran volvería a entrar en mi vida, y así fue. De una manera abrupta, como siempre, como

si la última conversación nunca hubiera sucedido, como si no hubieran pasado dos meses y las pausas de los días no existieran.

Salía de la joyería pensando en una mujer de exótico nombre, que nunca había conocido, Támara Gutman. Soy una de las pocas personas con mediana formación literaria (suponiendo que haya alguien más) que se toma en serio la novela policiaca, y creo que algún día se hará literatura mayor con estos materiales. Me preocupaba rescatar la atmósfera de la niebla en los muelles de San Francisco, que es algo más que sólo una bruma húmeda que desvanece y oculta las cosas; tiene que ver con los estados de ánimo de los personajes, con las pasiones tristes. Fui vagando con éstas y otras ideas menos útiles en la cabeza hacia el Barrio Chino. Al llegar a la esquina de Elmer y Santa Isabel, el ruido de cristales rotos y una serie de gritos me llamaron la atención. Un hombre retrocedía rompiendo con un bate de béisbol las vidrieras de las pequeñas tiendas de antigüedades mientras le daba la cara a otros dos embozados personajes en cuyas manos relucían cuchillos.

A pesar del estrépito no se encendían las luces de las casas y nadie más aparecía por la calle. Los eternos mirones habían optado por la prudencia.

Uno de los embozados logró acercarse lo suficiente para lanzarle una cuchillada al estómago; no supe si había acertado, pero el bate del rompedor de cristales impactó en ese momento en la cabeza del cuchillero produciendo un sonido que erizaba los vellos de la columna vertebral. El tipo cayó al suelo fulminado, doblándose sobre sí mismo. El hombre del bate aprovechó el desconcierto para lanzar una serie de molinetes sobre el otro navajero, que con eso y mi llegada con la pistola en la mano, sintió que había terminado su jornada y salió huyendo hacia la niebla espesa del norte.

Moran soltó el bate, buscó un pañuelo en su bolsillo y lo apretó contra el estómago. La operación se le dificultaba porque en la otra mano traía una sombrerera.

—Dash, seguro que en la joyería tienes una buena lupa. Iba a buscarte cuando estos mierdas de italianos me encontraron.

XIV

La herida de Moran era superficial, el cuchillo le había rasgado la gabardina y cortado cinco centímetros de piel una cuarta arriba del ombligo; sin embargo sangraba como si fuera el fin del personaje. Moran no estaba dispuesto a perder el tiempo con minucias y se rellenó de servilletas y papeles amarrando sobre ellos, como si fuera un cinturón extraño, su bufanda. Parecía una extraña caricatura de un personaje de cuento nórdico.

—Me estoy volviendo loco de andar rodeado de tantos mexicanos de mierda, incluida la cabeza del mamón este—dijo señalando la sombrerera, cuyo contenido de antes yo intuía.

—No cuentes conmigo, Moran. A mí me gustan los mexicanos y si me apuras también me gustaba Villa.

—¿Esa tribu de grasientos?

—Cuando tus antepasados estaban rasgando la tierra con las pezuñas, los grasientos estaban construyendo pirámides mejores que las egipcias—dije, aunque no estaba tan convencido de que me gustaran más las pirámides aztecas y mayas que las egipcias. Uno habla en la vida por las fotos que ha visto.

Me miró con rostro de estupor.

Yo también me asomé a verme en los restos de una vidriera que estaba milagrosamente intacta en medio de tantos cristales rotos.

—Si me ayudas te doy la cabeza para que la entierres o

la regales, o la vendas en una feria, siempre y cuando no digas a nadie que lo has hecho —ofreció Moran negociador.

—Desde ahora la cabeza es mía.

—Tuya. Consígueme una buena lupa.

Caminamos en medio de la niebla hasta la joyería y Mac, el velador, me dejó entrar por un juego de lupas a cambio de que lo devolviera antes de la mañana cuando llegaba Samuels.

Resistí las presiones de Moran para ir a mi casa. No me parecía bueno para la salud precaria de mi hogar que Jo y las niñas nos vieran rastreando sobre un cráneo, que era lo que suponía que Moran quería hacer con las lupas. ¿Que buscaba? Y entonces encontré la respuesta al sumar simplemente: entierros de dinero, planos, dentista, muelas, cabeza, lupa.

Moran me llevó dando vueltas hasta un cuarto minúsculo encima de un burdel de mala muerte para marineros pobres al final de Singleton. Todo el mundo parecía conocerlo porque los borrachos se apartaban a su paso y las prostitutas cambiaban de acera como si vieran pasar al diablo.

El cuarto estaba amueblado con una silla y un camastro, por todos lados había pilas de revistas de cine, pornografía y, sorprendentemente, una colección completa de Black Mask desde el año 22 ó 23.

Moran abrió la sombrerera sobre la silla y nos sentamos en el camastro a estudiar los despojos del mejor guerrillero de la historia contemporánea.

—Tiene que ser eso —dijo Moran.

—Le grabó en las muelas los lugares donde estaban los entierros. Traía una memoria auxiliar encima mi general Villa.

—¿Cómo lo supiste?

—En este cuarto hay la cabeza de un muerto y un idiota. Si te pones a pensar un poco, sabrás quién es quién.

El cráneo no estaba mondo y limpio, conservaba una áspera piel e incluso cabellos. No era una tarea agradable la de conversar con el fantasma de Villa. Olía mal. No me gusta la cercanía de este tipo de muertes rancias, viejas, sin gloria.

Moran parecía estarse divirtiendo revisando la dentadura.

—Mira Dash, aquí está, en las coronas de oro de las muelas, tiene unos signos grabados, algo como palabras.

Y Moran descifraba:

—“Nomás”. ¿Dónde está eso? Necesito un mapa... Necesito limpiar bien —y se movía por el cuarto buscando un frasco de gasolina.

—“Chihuahua”, eso lo dice bien claro.

—Tú sabías que el dentista le había grabado algo a Pancho Villa en las muelas, ¿verdad?

—Sí, me lo había contado su mujer, que era medio puta, una mexicana medio puta... Mira, aquí dice: «Muede» o «Muele». Anota, Dash.

—¿Y cuando robaron la cabeza pensaste que tenías la clave, que la habían robado para descubrir los tesoros de Villa?

—No, qué va, eran unos imbéciles, la robaron por venganza, por orgullo, unos empleados de los Barones. El del perro, mierda, ése fue. Pero yo llegué antes que los mexicanos que lo querían descuartizar.

—Carajo, ¿tú mataste al dentista?

—Se murió enseguida, se me pasó la mano. Dash, anota. Aquí dice: “A quien” y luego SE. Eso significa sureste, ¿no?

—Eres una mierda, ¿para qué lo mataste?, ¿para qué me enseñaste el muerto?

—Se murió, hombre. No quería decir lo que le había grabado, decía que no se acordaba, el greaser ése. Además te

gusta ver muertos de verdad, para tus novelas... ¿no? En ésta dice: “Una vez”. En mexicano eso significa just once, ¿no?

—Así es.

Una tormenta comenzaba a romper la niebla, a disolverla. Por la ventana veía la luz de las farolas adquirir intensidad. El agua siempre ha limpiado San Francisco.

—¿Qué dice, Dash?

Leí lo que había escrito. Palabra a palabra, luego tratando de montar un mensaje. Lo encontré enseguida mientras Moran daba vueltas a mi espalda, con el cráneo reposando sobre la silla.

—Dice: “Aquí en Chihuahua nomás se muere una vez”.

XV

Cuando dejé el cuarto de Moran, la lluvia arreciaba. Llegué a mi casa y Jo estuvo a punto de romperme un florero en la cabeza por la mojadura que traía encima. Nunca más volví a ver a Moran vivo.

Un mes después asistí a su entierro en la funeraria pública del condado. Lo metieron en un ataúd de pino que luego habrían de utilizar para otros muertos. El condado estaba en una etapa de ahorros. Le habían metido media docena de tiros.

XVI

Raúl me preguntó alguna vez por la cabeza de Villa. No supe qué decirle. Sólo pude asegurarle que los Barones nunca se habían quedado con ella, que Moran probablemente la había enterrado. Terminó aceptándolo con un lacónico:

—Mejor, en México ya no se la merecen, aunque me hubiera gustado guardarla para los otros años que vendrán...

—¿No te atrae la idea de que después de muerto sea un fantasma?

Se limpió los labios con un índice muy fino antes de responder. Estaba poniéndole cuerdas nuevas a un violín.

—Era un fantasma, todos nosotros siempre fuimos fantasmas.

XVII

Tuve la cabeza en casa un par de días. Moran solamente quiso quedarse con las muelas porque no creía en mi interpretación. Una vez, a solas en el baño la saqué de la sombrerera y conversé con ella. Me dije que las miradas de los cadáveres se fijan siempre en algún punto inexistente del espacio y entonces descubrí que me estaba repitiendo.

Arrojé la sombrerera al mar, o la enterré bajo el monumento de Lincoln en Herman's Plaza para que los niños norteamericanos rindan homenaje sin saberlo a Pancho Villa, o la sembré bajo un rosal en el patio de mi vecina, tanto da.

Los fantasmas resisten no sólo a la lógica, también a las anécdotas. No estaba demasiado alegre en esos días. Es el principio del fin cuando un escritor descubre que posee un estilo.

Paco Ignacio Taibo II

Periodista, autor de novelas históricas y policiacas, además de fundador y director del festival multicultural “Semana Negra”, de Gijón. Radica en México desde 1958, donde desarrolla toda su carrera de cronista, historiador y escritor. Cuenta con más de 50 títulos publicados, entre los que se incluyen cuentos, comics, ensayos y reportajes.

Entre los más conocidos se encuentran: *Héroes convocados: manual para la toma del poder* (1982), que obtuvo el Premio Grijalbo de Novela; *Bolcheviques. Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México 1919-1925* (1987), Premio Francisco Javier Clavijero; *Cuatro manos* (1991), con los premios Internacional Dashiell Hammett y el Latinoamericano de Novela Policiaca y Espionaje; *La lejanía del tesoro* (1992), Premio Internacional de Novela Planeta-Joaquín Mortiz; *Ernesto Guevara, también conocido como el Che* (1998), Premio Bancarella, y *Pancho Villa* (2007). Sus más reciente publicaciones son: *El Retorno de los Tigres de la Malasia*, *Los libres no reconocen rivales* y *El Álamo* publicados por Editorial Planeta.

Descarga todos los libros que hemos publicado en:

www.brigadaparaleerenlibertad.com

Este libro se imprimió en la Ciudad de México
en el mes de febrero de 2013.

El tiraje fue de 1,000 ejemplares para su distribución en
la Feria del Libro de La Habana 2013.